

Bogotá

cuenta

Una ciudad entrelíneas

Talleres Distritales de Escritura
Ciudad de Bogotá

Talleres Red Comunitaria Trans



Alcaldía Mayor de Bogotá

Claudia Nayibe López Hernández
ALCALDESA MAYOR DE BOGOTÁ

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Nicolás Montero Domínguez
*SECRETARIO DE CULTURA, RECREACIÓN
Y DEPORTE*

Instituto Distrital de las Artes- Idartes

Catalina Valencia Tobón
DIRECTORA GENERAL

Astrid Liliana Ángel Cortés
SUBDIRECTORA DE LAS ARTES

Carlos Mauricio Galeano Vargas
*SUBDIRECTOR DE EQUIPAMIENTOS
CULTURALES*

Leyla Castillo Ballén
SUBDIRECTORA DE FORMACIÓN ARTÍSTICA

Adriana María Cruz Rivera
*SUBDIRECTORA ADMINISTRATIVA Y
FINANCIERA*

Adriana Martínez-Villalba
GERENTE DE LITERATURA

Ricardo Ruiz Roa
*COORDINADOR ESCRITURAS DE BOGOTÁ
2017-2018*

Carlos Ramírez Pérez
María Camila Jaramillo Laverde
María Eugenia Montes Zuluaga
Olga Lucía Forero Rojas
Yenny Mireya Benavidez Martínez
EQUIPO DE LA GERENCIA DE LITERATURA

María Barbarita Gómez
COORDINACIÓN EDITORIAL

Jineth Ardila Ariza
SELECCIÓN, EDICIÓN Y CUIDADO DE TEXTOS

Mónica Loaiza Reina
DISEÑO

Ángel David Reyes Durán
DIAGRAMACIÓN

© Instituto Distrital de las Artes -
Idartes

© Andrés Acosta, Paula Castillo,
Tatiana Duplat Ayala, Héctor Darío
Gómez, Jerson José Hernández,
Jesús Enrique Hernández Pardo,
Lucadorado, Pavel Andrés Molano
Rincón, Erika Patricia Mora
Rodríguez, Luna Laverde, Ángel
López Castiblanco, Sara Luna
Ángel, Angie Reyes Melo, Diana
Sarastí Realpe, Cris Tengono,
María Catalina Vanegas Rodríguez,
Brian Velasco

Abril de 2020

ISBN impreso: 978-958-5595-24-8

ISBN digital: 978-958-5595-25-5

Idartes

Carrera 8 # 15-46

Bogotá, D.C., Colombia

(57-1) 379 5750

contactenos@idartes.gov.co /

www.idartes.gov.co



Contenido

§

- 9 Presentación
 Catalina Valencia Tobón
- 15 Una ciudad entrelíneas
Bogotá cuenta 2019
 Jineth Ardila Ariza
- 22 Talleres y directores de taller
- 23 Talleres Distritales de
Escritura Ciudad de Bogotá
- 23 Narrativa y crónica
- 27 *La importancia de las cosas inútiles*
 Por Jerson José Hernández
- 41 *Shhhh*
 Por Angie Reyes Melo
- 50 *Cuatro caprinos*
 Por Andrés Acosta
- 62 *La copera, un oficio en vía de extinción*
 Por Héctor Darío Gómez
- 72 *El Castillo: un perdón que esperó 200 años*
 Por Tatiana Duplat Ayala
- 79 Poesía
- 81 *Moscas, Cenizario de viento y Caída u homicidio culposo*
 Por Lucadorado
- 84 *Piojos, La maestra me obligaba a enredar las letras...
y Mi abuela se baña en el olor del cielo...*
 Por Paula Castillo

- 86 *Carboneras y Detalles mínimos*
Por Erika Patricia Mora Rodríguez
- 89 Narrativa gráfica
- 91 *Vida creativa*
Por Diana Sarasti Realpe
- 95 *¿El Tunal?*
Por Jesús Enrique Hernández Pardo
- 98 *El hombre que calculaba*
Por Pavel Andrés Molano Rincón
- 101 *La sed con la que el otro bebe*
Por María Catalina Vanegas Rodríguez
- 105 Talleres Red Comunitaria Trans
- 107 *Acercamiento preliminar a una definición simplificada de la Luna*
Por Sara Luna Ángel
- 110 *Las machas, la loca y las hijueputas ganas, no de verga o culo, sino de tomarme un verraco café*
Por Cris Tengono
- 115 *Automutilación social*
Por Ángel López Castiblanco
- 117 *Qué gonodea*
Por Brian Velasco
- 120 *Mortopía*
Por Luna Laverde



Presentación

Catalina Valencia Tobón
Directora general
Idartes

§

Este libro es el resultado del proceso de formación Escrituras de Bogotá, de la Gerencia de Literatura del Instituto Distrital de las Artes-Idartes, que ofreció los Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá en el primer semestre de 2019, y la Red de Talleres Locales de Escritura en el segundo semestre de 2018. Este programa de formación es un espacio que posibilita el aprendizaje de herramientas estéticas y narrativas a partir de talleres de escritura creativa que permiten a los asistentes contar sus historias con las técnicas propias de la creación literaria.

Los Talleres Distritales hacen parte de la Red de Talleres de Escritura Relata, del Ministerio de Cultura, que en el primer semestre de este año contaron con una inscripción de 2.095 personas para cuento, novela, crónica, poesía y narrativa gráfica. En 2018 la Red de Talleres Locales de Escritura tuvo 1.845 inscritos, de los cuales fueron seleccionados 700 participantes, que se dividieron en grupos de 35 personas y se repartieron en cada una de las 19 localidades y en un taller virtual.

Una de las innovaciones este año fue la apertura del Taller Distrital de Narrativa Gráfica en el primer semestre de 2019, que contó con 211 inscritos, de los cuales fueron seleccionados 40 participantes y 28 de ellos obtuvieron certificado por haber asistido a más del 80 % de las sesiones.

Es un honor incluir en esta publicación el resultado de la alianza entre la Gerencia de Literatura del Idartes y la Red Comunitaria Trans, que logró, por medio de talleres dirigidos por Henry Gómez (poesía) y Giuseppe Caputo (narrativas), la participación de personas no binarias, hombres y mujeres transgénero, desde habitantes de la calle y trabajadores sexuales, hasta estudiantes universitarios, líderes y activistas sociales.

Este libro se compone de 4 narraciones gráficas y 48 textos con los que nos acercaremos a una ciudad imaginada y contada “entrelíneas” a través de la escritura de sus habitantes. La selección de los textos estuvo a cargo de la editora Jineth Ardila, quien

realizó una minuciosa curaduría del material literario resultado del programa Escrituras de Bogotá, así como el cuidado de los textos y la propuesta editorial del libro cara y cruz. Agradecemos a ella su trabajo y dedicación para esta edición de *Bogotá cuenta. Una ciudad entrelíneas.* §

§

§

Una ciudad entrelíneas Bogotá cuenta 2019

Jineth Ardila Ariza
Editora

§

¿Qué cree usted que va a encontrar en esta antología de textos generados en los talleres locales de escrituras creativas que recorren la ciudad de extremo a extremo, de Bosa o Usme a Suba o Usaquén, o en los talleres distritales de género a género, o en los de la red comunitaria trans?

En primer lugar no encontrará textos de aficionados.

Talleres de escrituras y pregrados o maestrías en creación literaria son espacios emparentados de profesionalización de la escritura. Es así como *Bogotá cuenta* reúne cada año un abanico de escritores en formación, entre los cuales no sorprende encontrar que un alto porcentaje tiene publicaciones recientes en medios que gozan de la voluntad de riesgo de los independientes y de la democratización de las plataformas virtuales.

En segundo lugar no será clara para usted la clasificación por géneros.

En estos textos se desvanecen los límites que separan la ficción de la no-ficción, cuentos que parecen crónicas, crónicas que se leen como relatos, relatos que se mueven entre lo autobiográfico y la autoficción, narraciones que se vuelven versos y versos que se vuelven prosa.

En tercer lugar no queda rastro de la literatura negra o policíaca; queda un relato apocalíptico, más alegórico que propio de la ciencia ficción; y dos o tres textos metaliterarios, es decir, cuyo asunto es la misma literatura.

Se puede adelantar un diagnóstico: la escritura creativa está más obsesionada por contar lo que pasa en el mundo que por lo que pasa en las páginas de un libro; más obsesionada por la realidad y sus posibilidades de representación que por el mundo del texto y sus juegos y experimentos. No se dejan ver mucho por aquí, como en otra época, el detective socarrón, ni la chica sexy malvada, ni la Bogotá del año 3000, ni los experimentos con la figura del autor, con la creación, con el texto como personaje. Cada época histórica que vive una ciudad determina de algún modo su escritura. Los nuestros son tiempos de reflexión y activismo. A los tiempos de

reflexión, resistencia y activismo social responden los autores con una multiplicidad de recursos que beben en las varias formas del realismo.

Y puesto que son textos sobre la realidad, ¿cómo son representados la ciudad y el país?

La mirada que ofrece la mayoría de los textos sobre la ciudad y el país no es en absoluto tranquilizadora. Obliga a enfrentar las diferentes maneras en las que experimentamos duelos y violencias de distinta naturaleza en nuestro territorio, la vida como un deporte de alto riesgo asociada a la vulnerabilidad social y económica, las pérdidas, los abandonos, otro tipo de ausencias, el suicidio, el desamor y la desesperanza... Son textos valientes, que cuentan las calles, lo local y lo nacional, con una potencia de expresión que crea caracteres sólidos, no de tesis ni estereotipados, pero que no eluden la denuncia, por ejemplo, de los abusos y homicidios macabros de niños y niñas de los que hemos tenido noticia y que han dejado una huella mnémica que bien puede corresponder a un trauma social, colectivo, que exige ser tramitado de algún modo a través de la escritura.

Para Guiseppe Zarone, el estado de desasosiego de la escritura frente a la ciudad es propio de la experiencia metafísica que tenemos de ella, como un espacio que

[...] se impone a la atención de todos como una catástrofe: el darse inesperado e imprevisto de una rápida y arrolladora mutación de la existencia humana, capaz de influir sobre los horizontes de la vida de los hombres según el modo, conocido y vivido, de un general desarraigo, según aquella desplazante situación de la ciudad “inhabitable”, “inhóspita”, “instigadora de discordia” y de “agresividad”

[...]. Un fenómeno que, puede suponerse, está en el origen tanto de angustias individuales y de sufrimientos sociales y morales, como de las nuevas condiciones de libertad.
[Metafísica de la ciudad]

Lo que es propio de la ciudad en la que vivimos es la forma como se manifiestan esas *angustias individuales y sufrimientos sociales y morales* en la escritura que se refiere a ella. Cada familia infeliz lo es a su manera, repito de memoria a Tolstoi; cada ciudad infeliz lo es a su manera, parafraseo; las felices se parecen todas (o no existen).

Inenarrable, antilírica, deambula también, entrelíneas, en estas escrituras de la ciudad una voluntad de hacer y de decir: aquí estamos, todavía no estamos muertos, nos vamos de fiesta, escribir es un goce en sí mismo, hay gente linda por aquí, como la Chica Morena del cuento de la fila o el chico de pelo azul, no binario, que salva a otro de la humillación del escupitajo de un macho homofóbico. O el humor cruel del volante que ofrece ayudar con la logística del suicidio. O la mamá venezolana que escribe un poema desolador que es también una canción de cuna para su hija.

¿Y los jóvenes? ¿Cómo ven la ciudad?

Están por todas partes... Muchos de los personajes y yo poéticos son niños o son jóvenes. Su mirada es implacable: la de los niños sobre la familia, que abandona, malcuida, maltrata o simplemente no los ve; la de los jóvenes es implacable sobre las instituciones. Pero al mismo tiempo es evidente su participación activa en la vida de la polis: son narradores o voces poéticas que dicen con desparpajo saludable el modo como asisten a los eventos públicos masivos en la ciudad, que cuentan sus formas secretas de disfrutar del clima que convierte en “sardinas” a los transeúntes, del teatro, de la música, del baile, de la calle, del parque, del parche, de las largas filas (Bogotá es una ciudad de filas y “fileros”), de la espera... volcados

a la experiencia del espectáculo callejero o masivo y gratuito. Esa (el acceso a las artes en la ciudad), hay que decirlo, es la cara más positiva que ofrece Bogotá a través de estas escrituras.

¿Qué hay para leer entrelíneas?

Lo que usted encuentre. Yo leo que es el arte, que son las artes, cada vez menos binarias, cada vez más descuadradas y como saliendo del clóset de las formas, las que le dan, todavía, al habitante “de a pie” de la ciudad algún tipo de consuelo. No las estrellas de las que estamos lejos y no vemos nunca por el fulgor de abajo. Sino lo que ocurre a ras de suelo, donde nos encontramos con la profesora del taller de música, o con los compañeros del taller de arte, de danza, de escrituras... Y el acceso libre y abierto a ellas, a las artes, como el acceso de los escritores en formación de este libro a su taller y a esta su publicación, es algo que vale la pena venir y conocer. Pase la página. Y comience a descubrir este retrato líquido, entrelíneas. §

§

Talleres y directores de talleres

Directores Talleres Distritales de Escritura Ciudad de Bogotá 2019

	<i>Nombre</i>	<i>Taller Distrital</i>
1	Henry Gómez	Poesía
2	Sergio Ocampo	Crónica
3	Fernanda Trías	Novela
4	Juan Fernando Hincapié	Cuento
5	Pablo Guerra	Narrativa gráfica
6	Henry Díaz	Narrativa gráfica

Directores Talleres Red Comunitaria Trans 2019

	<i>Nombre</i>	<i>Taller Distrital</i>
1	Henry Gómez	Poesía
2	Giuseppe Caputo	Narrativas

Talleres Distritales
de Escritura
Ciudad de Bogotá

§

Narrativa y crónica

§

La importancia de las cosas inútiles

Por Jerson José Hernández

Nació en Bogotá en 1990. Profesor de español e inglés, licenciado de la Universidad Pedagógica. Ha participado en varios talleres de escritura en Bogotá. En la revista *Surgente, Letras informales* (Usme) ha publicado algunos de sus cuentos y poemas. Ganador del Concurso Relata, en la categoría poesía (2016), del Festival de las Artes de Usme, en cuento (2012) y en poesía (2015 y 2018). Finalista de la tercera versión de *Bogotá en 100 palabras* (2019).



El grupo de marionetas chileno 31 Minutos se presentará el próximo domingo 30 de junio en el teatro Jorge Eliécer Gaitán de Bogotá. El día viernes 28 se entregarán las boletas en la taquilla del teatro. La entrega se realizará por orden de llegada en el horario de 1:00 p.m. a 6:00 p.m. Cada adulto podrá reclamar dos boletas. [Publicación de Idartes en su fan page de Facebook, 20 de junio de 2019].

Sí, son *31 Minutos*, pero esta fila ya lleva 120 minutos. A ratos de pie, a ratos sentado en el andén. Estuve leyendo *La tejedora de coronas* para enhebrar el tiempo, el tiempo con nubes de llovizna, llovizna

con gotas suaves que mojaban las hojas del libro, libro que tuve que cerrar.

El cielo de Bogotá parece una caja de música; a ratos se abre para que suene la canción del cielo azul mientras el sol da vueltas como una bailarina con los brazos extendidos.

Entre toda la gente, y lean bien ese TODA, porque la fila da dos vueltas a la manzana, solo he visto a un niño, el resto somos adultos, algunos con canas: canas mezcladas entre mechones de colores, entre las rastas, entre los pelos de la barba. Todos somos adultos y cada uno con un rasgo que nos diferencia: botas de montañismo, gabanes larguísimos, chaquetas de cuero con flecos, tatuajes, crestas, expansiones, cabellos teñidos de rosa, verde biche, azul celeste... Yo también soy distinto: botas de montaña como otras, mochila arhuaca como otras y escribo en mi libreta como ninguno.

Escribir es otra forma de tejer el tiempo, de marcar ese tic-tac con un ritmo que alcance esas 31 pulsaciones por minuto que aquí todos anhelamos.

Al parecer, hay dos filas, y cada una rodea la cuadra del Jorge Eliécer desde sus costados opuestos así:



Esta teoría me parece coherente con lo que veo: una fila en dirección sur-norte y otra en dirección contraria. De acuerdo con la gráfica, pertenezco a la Fila 2, estoy entre los últimos y, me alegra decirlo, somos la fila que avanza.

Veo a otro niño.

Un par de personas delante de mí, hay una mujer que hace que esta fila valga la pena. Creo en Tulio Triviño, la marioneta principal de *31 Minutos*, como creo en Dios: sin verlo, pero creo en esta mujer como en mí mismo. Es alta, delgada y morena. Piernas espigadas y complexión atlética. Zapatos oscuros de plataforma corta, medias grises de hilo que suben hasta las pantorrillas, pantimedias negras, minifalda y blusa de encaje del mismo color, chaqueta de jean, guantes grises de lana y una maleta quechua con un parche que dice “Sexualismo, sexismo, cosificación”. Su blusa de encaje deja ver, por instantes, la redondez mínima de los senos. Teticas. Breves, tersas, morenas. Cabello largo y oscuro con las puntas rubio ceniza. Y su rostro. Aquí quería llegar.

Con este, ya van tres niños en la fila: está sentado en el andén con la cabeza metida entre las piernas.

El rostro de la chica: lunares en las mejillas, la nariz y la frente; labios delgados, dientes largos y finos, nariz delicada, ojos oscuros e inmensos. La chica morena es de rasgos simples y con ellos hace magia.

Llovizna.

Cada uno de sus rasgos, por separado, no es llamativo, pero la chica morena es capaz de embrujar a las cuatro personas que conversan con ella. Sus ojos son dos galaxias que duermen detrás de sus párpados de nebulosa. Sus ojos se parecen a este sol bogotano: cuando brillan suspenden el instante.

La chica de cabello morado que estaba delante de mí acaba de irse no sin antes dejar malas noticias. Filas y malas noticias siempre van de la mano: al parecer hay una confusión al otro lado de la cuadra. Hay tres filas que, al llegar a una esquina, forzosamente

deben convertirse en dos, ocasión que aprovechan algunos (muchos) para colarse.

Aquí estamos. La sabiduría nos ha enseñado que las malas noticias nunca desmoronan una fila. Nosotros, los *filanderos*, somos de vocación tomista: queremos ver. Esperaremos hasta el final de la fila; ese abismo que me recuerda al de la golosa: el cielo de las boletas o el infierno del “lo sentimos mucho”. Los *filanderos* no creemos en las malas noticias; que nos digan en la cara que perdimos el tiempo.

En la Fila 1, es decir, la fila opuesta, una mujer mata el tiempo leyendo un libro voluminoso. Numerosos vendedores ambulantes pasan a nuestro lado: desde el típico chito-papa-cigarrillo hasta el tinto-perico-aromática. También nos han ofrecido capas, sombrillas y paraguas.

Otro niño.

La fila avanza. En la opuesta, un grupo de jóvenes sostiene una caja de Moscato Passito y vasos plásticos.

Ahora estamos en las Antípodas del Jorge Eliécer, en el *Nowhere*, en el Desierto de Cristal y hasta aquí llegan las malas noticias: parece que la fila es una sola; da la vuelta y vuelve. La fila es como el rostro de Dios: está hecha de mil caras.

Son las 2:20 p.m., siento hambre pero no mucha. La chica morena está junto a mí y puedo asegurarles que, durante un instante, dio un paso hacia atrás y ojeó mi libreta. Intentó leer las letras de hormiguita temblorosa de esta página.

Las palomas atraviesan el cielo entre los edificios.

Llegaron cinco nuevas personas a la fila. Colados sí, pero no así.

Morenita: quédate conmigo, siéntate a mi lado. Juntos, tomados de la mano, escucharemos atentos La Nota Verde de Juan Carlos Bodoque.

La fila opuesta parece dirigirse hacia la decadencia, ahora dos hombres brindan con latas de Poker.

Veo dos niños más.

Ahora estoy frente al centro comercial El Presidente y, curiosamente, ese lugar le hace honor a su nombre, pues cuenta con

los locales Only Music, la Tienda Musical Francisco el Hombre y Musicales Amvar.

Smells Like Electronic Cigarettes. También huele a BomBomBum de lulo. El hambre agudiza el olfato. Huele a humo de tabaco por todas partes y también al humo de los exostos.

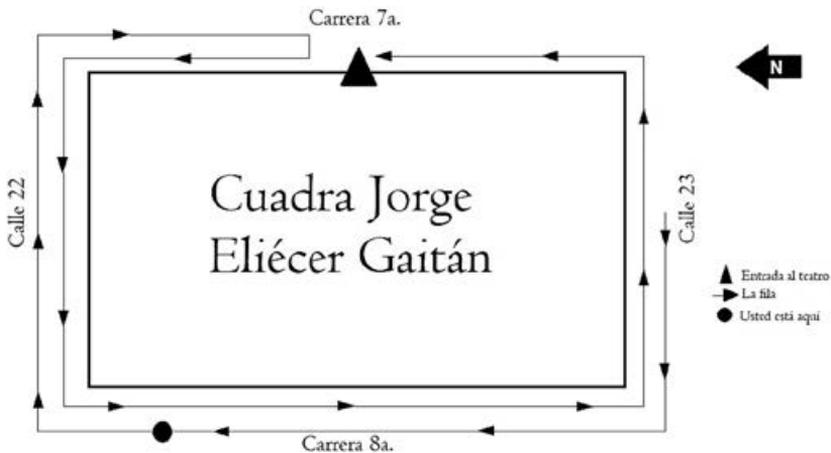
Transeúntes desprevenidos pasan junto a la fila y nos miran con sorpresa. Los cinco colados campean a mi flanco; es una pelea perdida, lo sé, pero son jóvenes, no se la voy a dejar suave.

Y qué ganas de una Poker a esta hora...

Se acaban de ir tres de los cinco colados, queda una chica que tiene mucho acné en su rostro junto a su novio, un moreno de brackets con elásticos verdes.

Me acaba de llamar Victoria; me dice que su hermana está en el Centro, que por favor le cuide un puesto. Aunque le di un gran rodeo y me costó bastante, al final le dije que no. No me parecía ético que ella viniera a colarse en una fila en la que llevo dos horas y media. No es justo con las personas que están detrás de mí.

Las malas noticias son como los vendedores de dulces: van y vienen. Confirmado: es una sola fila. Aquí su representación y mi ubicación:



Son las 2:30 p.m. Entregarán boletas hasta las seis. En Bogotá, los eventos culturales te cansan antes de empezar, mucho antes.

Mico el Micrófono debería venir y encuestarnos a todos.

Llovizna.

Alguien hace fila con su perro, un beagle color limón, tiene un ladrar denso, lastimoso y constante. Ahora esto se parece a *La autopista del sur*, un cuento de Cortázar: la gente gestiona el alimento y el diálogo, una de las formas más primitivas del ocio. La fila avanza, eso nos transmite un sentido de esperanza. Chica Morena sigue a mi lado, puedo notar el esmalte oscuro y desgastado de sus uñas. Su voz es fuerte. Su pie izquierdo está a punto de pisar un charco. Otra chica sostiene un perro en sus brazos, pobre vida la de estos perros. Los bípedos estamos aquí porque queremos, porque es nuestra manera de perder el tiempo, pero ellos están aquí porque los trajeron. Entendería totalmente si se pusieran a morder gente. Si por mí fuera, que mordieran a todos los colados.

Hay más niños, unos ocho o diez, vinieron en grupo, los trajeron los papás. Bienvenidos a esta clase intensiva de resignación y buenos modales.

La fila de la decadencia mantiene su vigor: ahora un tipo con amplias entradas en la frente toma aguardiente y come Doritos de un paquetón que comparte con sus amigos. Chica Morena sostiene un libro-álbum en sus manos, lo enseña a sus amigos, lo abre, lo hojea con cuidado. Editorial Libros del Zorro Rojo. Chica Morena: tengamos un hijo.

La espalda me duele un poco. Avanzamos hasta casi llegar a la esquina de la Octava con Veintitrés, junto a la Casa del Músico La Colonial. Aquí, reunidos todos, podríamos fundar un nuevo Woodstock; Bogotá 2019: El Chubasco del Amor.

Llovizna de nuevo y más gente decide marcharse. ¡Larga vida a los desertores!

Escribo y parezco invisible. El mundo se mueve sin darse cuenta de que en estas páginas yo lo nombro.

3:07 p.m. Estamos en la esquina, lo que aquí pase será algo nuevo; desde aquí alcanzo a ver el edificio de Plaza & Janés, la editorial que le publicaba a Daniel Samper Pizano y que le dio el premio de periodismo a Salcedo Ramos por *La travesía de Wikdi*.

Llovizna.

Alguien me llama al celular. Ojalá no sea la hermana de Victoria, no la quiero dejar colar. Dejo que el celular timbre hasta que se canse.

A esta hora, un cálculo rápido permite inferir que gastaremos otras tres horas en conquistar la fila. Las señales son claras pero nadie se mueve de su puesto. Las filas son el vehículo de la esperanza.

En la fila opuesta cinco jóvenes están sentados en círculo. Sobre una maleta puesta en el centro hay una baraja de UNO. Formas de pasar el tiempo, de aumentar los lazos de convivencia. Ahora come cuatro y cambio de color a rojo.

Aparece un nuevo factor: en dos horas comienza el partido de Colombia contra Chile por los cuartos de final de la Copa América. Esto puede provocar un número elevado de desertores aunque, por el tipo de evento que esta fila congrega, dudo que ese número sea elevado.

Llovizna más fuerte.

Silbo *Riders on the Storm* de The Doors.

La llovizna se fue, la fila permanece.

Tal vez la vida no sea más que una larga fila de días y de noches donde a veces llovizna.

El frío empieza a poblarme las piernas.

En la fila opuesta hay una niña menor de cinco años. Luce terriblemente cansada; en sus ojos se puede ver que está a punto de empezar una gran pataleta. ¡Caletín con Rombos Man! ¡Ayúdala!

Ahora la llovizna es una cosa larga.

La fila opuesta es el mejor distractor, hace la espera más llevadera.

Nadie se va porque nadie se va.

Creo que me merezco un Sándwich Qbano.

Chica Morena acaba de estar tan cerca de mí que pude oler su cabello. Hierbas aromáticas que me llevaron a un baño con agua caliente, espejos empañados, un jabón delicioso que se resbala por su piel. Veo mis dedos húmedos dibujando en su espalda de canela los contornos de esta fila imposible, hecha de humo y esperanzas alargadas. Después habrá una cena caliente: raviolis al pesto, jugo de piña con hierbabuena, torta de frutos rojos. Chica Morena se limpiará los labios con una servilleta tan blanca como las hojas de esta libreta.

3:42 p.m. Chica Morena se ha ido. A buscar otra fila, dijo antes de desertar. Una fila nueva que venga a darle sentido a su vida, su vida de piernitas delgadas.

Nadie se va a ir. No estamos aquí para recibir una boleta para el show de *31 Minutos*. Estamos aquí porque queremos ganarnos el derecho de contar una historia. Nadie va a renunciar. Deseamos tener en el pecho, como si fuera una medalla, esta anécdota: de la vez en que soportamos una fila de más de seis horas para que nos dijieran en la cara que no. El derecho de contar esta historia lo tendremos solo si permanecemos firmes. La llovizna no se detiene, es una peripecia más en este mirar el tiempo pasar desde una fila interminable.

3:57 p.m. Chica Morena regresó. Trajo baguette y vino de caja para sus amigos. La llovizna disminuye pero no cesa. La fila avanza pero no cesa.

Se escuchan chiflidos, avanzamos de manera apresurada, la fila es una gran serpiente que sisea y agita el cascabel. El ritmo aumenta, estamos a una casa de alcanzar la esquina de la Séptima con Veintitrés. El contador de pasos de mi celular indica que hoy he dado 2944 pasos. En la fila opuesta, una pareja sacó un parlante USB y puso un reggaetón que los hizo bailar. Alguien les grita: ¡Eso! ¡Que viva Rock al Parque, hijueputa!

Las personas que están detrás de mí me miran con ternura. A mí, siempre escribiendo, sin una capa plástica ni sombrilla; a mí, el mudo que no tiene con quién hablar. Sus miradas me hacen sentir

protegido, como si cuando ocurriera algún lío ellos me fueran a tener en cuenta. Como un hijo perdido o un perrito mojado que se les acomodó junto a las piernas.

Nos acercamos a la esquina: el nuevo Maelström, la frontera imposible. La llovizna ha cesado, sobre los cerros se suspende una niebla retazada. Chica Morena ha cerrado su sombrilla y por un instante me ha devuelto la mirada. La fila opuesta avanza con rapidez, eso genera un ambiente de ansiedad. Pronto esta fila también va a moverse.

Empiezo a pensar que el Purgatorio no es más que una larga fila para entrar al Cielo, porque para san Pedro la burocracia es divina.

El clima sin lluvia ha mejorado el estado de ánimo de la fila. Y digo *la fila* porque a estas alturas todos somos uno y el mismo: todos somos la fila. Más adelante estoy jugando malabares con unas pelotas de colores; a mi lado, toco con velocidad las baquetas imaginarias de una batería invisible; por descuido me acabo de derramar un montón de vino sobre el pantalón oscuro y me burlo de mí mismo con las carcajadas de Chica Morena; sobre mis hombros, otros ojos míos atisban lo que escribo en este papel mientras con mis propias manos aprieto el manubrio de mi bicicleta al tiempo que les cuento a otros oídos con los que escucho cómo a Los Prisioneros les tocó bajarle el nivel a sus letras para que cierta dictadura no los matara. En la fila opuesta escribo en un papel y en letras grandes:

*Estamos desde las 11
Y ustedes desde las 10
¿A lo bien?*

Así, siendo todos, me acerco a la esquina.

Sobre la calle, unos niños bailan break dance al ritmo de *This is America*. Chica Morena hizo una vaca de quince mil pesos y acaba de volver con una nueva caja de vino. Siento frío en los pies, finalmente llegamos a la esquina. Me recuesto contra un poste para

soportar mejor el dolor de espalda. En el poste también descansa un racimo de periódicos: La portada de *SoHo* tiene a Ana Bolena Meza desnuda. *La Voz* dice: “Colombia llora a sus líderes”. *Desde abajo*: “Economía colombiana: ¿en mitad de un túnel y a tientas?”. *Arcadia*: “Matar el cine”... La fila avanza de nuevo.

Al otro lado de la Séptima se escucha un leitmotiv de música clásica. El sol se asoma y brilla sobre las fachadas que miran al occidente. A Chica Morena y a su grupo esta caja de vino les duró menos. La fila opuesta avanza, un grupo de hombres habla de fútbol: Uruguay se paró duro: la venganza del Maracanazo. A lo lejos puedo ver el Jorge Eliécer Gaitán, su fachada dorada brilla con visos azul celeste como el caparazón de un escarabajo mitológico. Uno de los amigos de Chica Morena acaba de acariciarle el trasero mientras el resto se reía a carcajadas. Ahora, ella no deja de mirar sus ojos claros.

En la fila opuesta me encuentro a un compañero del trabajo, me dice que dicen que dijeron, que quedan 2700 boletas. Se despidió cruzando los dedos.

A las 5:03 p.m. un par de policías se acerca y nos anuncia que se acabaron las boletas, quedaban cien, pero se agotaron. Nadie les cree, la fila se mantiene. Estamos junto al Jorge Eliécer. Ante la noticia de los policías, Chica Morena se aleja con el tipo que le había acariciado el trasero. Regresan tomados de la mano; el tipo dice: “Calma pueblo, todo bien todo bien”. Lo que nos reconforta es la gente que está haciendo fila detrás nuestro.

Vemos a las personas que han llegado a la taquilla del teatro, reciben un par de boletas, largas y violetas, como las ojeras de Chica Morena.

A las 5:10 p.m. inicia el eterno retorno, es decir, haremos el mismo recorrido que iniciamos al mediodía pero en sentido contrario, *Severlá*, hasta visitar el Jorge Eliécer desde el otro lado de la cuadra. La marcha es más veloz y eso nos anima. Chica Morena vuelve a ausentarse con el mismo tipo; cuando se marchan, sus amigos celebran que ahora esté saliendo con el profe y con cogidita

de la mano y todo. Por ellos mismos me entero que ahora quedan 1200 boletas disponibles.

A las 5:15 vuelvo a pasar junto a los niños que bailan break dance, la fila se mueve, descanso de mi dolor de espalda recostándome en las paredes. Nuevos rumores anuncian que se ha completado el aforo. Nadie deja la fila. Personas adelante de mí comen pollo y papas fritas. Sostener esta libreta durante tanto tiempo me engarrotó el dedo índice izquierdo.

Todavía hay esperanza, dicen las personas que están detrás. Ahora avanzamos en dirección oriente-occidente por la calle 23. La fila opuesta muere. Los compañeros de adelante se preguntan qué pasó con Chica Morena y con el Profe que no han vuelto. Un hombre de vestido y con un megáfono procura hacer más formal el anuncio: la entrega de boletería ha terminado, pero ni siquiera eso es capaz de disolvernó. A las 5:25 estamos de nuevo en la esquina de La Casa del Músico La Colonial. La gente de atrás dice: “con frío, sin esperanzas, pero seguimos en la fila”.

¿Somos profundamente esperanzados o profundamente desconfiados?

El dolor de espalda me obliga a ponerme de cuclillas. La luz de la tarde es azul y fría.

El Profe y Chica Morena regresan con pan. Volvemos a pasar por el centro comercial El Presidente. La fila es densa, el espacio entre las personas es reducido, es difícil escribir así. Esto me recuerda el poco espacio que tienen mis vértebras lumbares entre sí, según me dijo la fisioterapeuta hace dos días.

La chica con acné en toda su cara y el joven moreno con brackets de elásticos verdes han regresado: tienen huevo. Me pongo de pie y permanezco firme. Pretender que quieran colarse es el doble de injusto. Ellos disimulan. Revisitamos las Antípodas.

El Profe le dice a Chica Morena que por encima del punk y del reggae está la carranga.

Cada vez que la fila avanza debo reclamar este territorio ganado por más de seis horas al par de idiotas que quieren colarse.

Puede que al final lo logren pero no se la voy a dejar fácil. 5:56 p.m. El sol se esconde.

Fabrico una alianza con las chicas que están detrás de mí: no los vamos a dejar colar.

6:03 p.m. Estamos en la esquina de la Octava con Veintidós; hace seis horas estuve en este mismo lugar. Unas personas acaban de anunciar, alegres y casi en secreto, que todavía quedan boletas. El partido de Colombia contra Chile ya va a comenzar. He dado 3238 pasos. Tengo los pies y las manos frías, me tiemblan los muslos, tengo que inclinarme como un arco etrusco para disminuir el dolor. Pensar se hace difícil y la luz del cielo comienza a escasear.

Parece que cerraron el acceso, parece que ahora sí se acabaron las boletas. Dicen que había gente haciendo fila desde anoche. Confieso que siempre me sostuvo la esperanza, permanezco en la fila.

Un hombre pasa mostrando en su celular una imagen de Tulio Triviño con un letrero que lo atraviesa. El letrero dice AGOTADO. Pienso que Tulio Triviño no es el único que está agotado. Lo confirmo en mi celular: la página de Idartes acaba de publicar que se agotaron las boletas. Chica Morena me golpea con su maleta y me hace rayar mi libreta. La fila no se desgrana. Han encendido el alumbrado público. La fila se arrastra por la calle, su cabeza fue aplastada pero el cuerpo todavía se mueve. La gente empieza a gritar, no sé si porque se acabaron las boletas o porque ya comenzó el partido. Nos acercamos a la última de las esquinas, la de la Séptima con Veintidós.

Una mujer intenta encender el bombillo de su puesto de fritos. La luz solo tintinea.

6:34 p.m.: alcanzamos la esquina, la fila no se deja matar. Gol de Chile.

31 Minutos es una agrupación chilena, qué curioso.

Mi mano izquierda está entumecida y no me responde con su agilidad acostumbrada. A nuestro lado hay policías antimotines, diez unidades. Me vuelvo a sentar en cuclillas. Veo los zapatos de Chica Morena: tienen barro y uno de los cordones está suelto.

La fila avanza. La esperanza es un bicho terco. Volvemos a ver el Jorge Eliécer. Dicen que van a llamar al ESMAD. Se escucha una protesta adelante, preveo rutas de escape. Hay policías con cascos y escudos a la entrada del teatro. Atrás, una parte de la fila comienza a cantar el coro de *Mi muñeca me habló*, una de las canciones más memorables de *31 Minutos*:

*Mi muñeca me habló,
me dijo cosas
que no puedo repetir,
porque me habla solo a mí.*

Alguien nos invita a reivindicar la lucha por los derechos civiles. Chica Morena abraza al Profe, ambos miran con ternura cómo la fila se desvanece.

Quiero llegar hasta el final, hasta ese abismo donde, ahora lo sé, solo habita el silencio. La fila termina ante una valla metálica, dos policías están recostados sobre ella. En la valla hay una hoja blanca que tiene un mensaje:



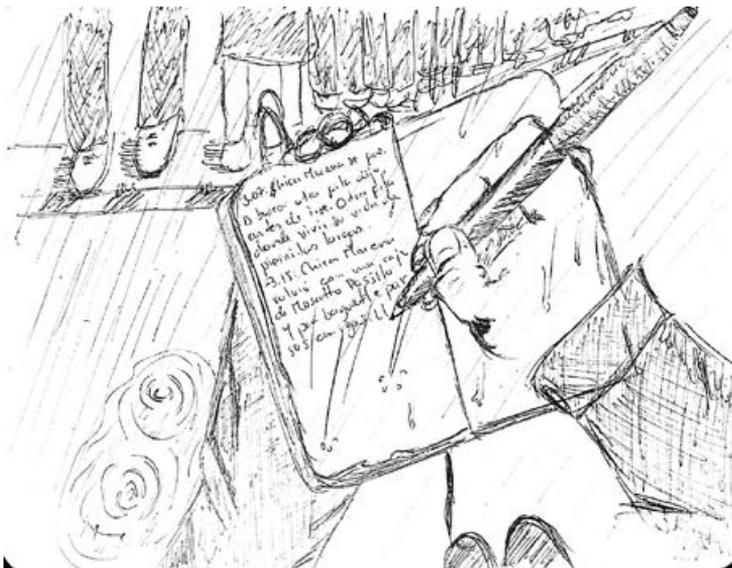
Me acerco y toco la valla. Aprieto sus tubos. Pienso en los afortunados, en los que vendrán el domingo a escuchar el Ranking Top de Policarpo Avendaño, en los niños alzados en brazos que verán, a lo lejos, a una ristra de títeres de tela y a una multitud de adultos enloquecidos coreando cada canción. “Bailan sin cesar, hasta que aparezca César y lo arruine todo. ¡Que no baile César!”. Imagino

a las parejas mirándose a los ojos, diciéndose en una sonrisa tejida de silencio: ¿Recuerdas esa fila? ¿Recuerdas cuando pensamos en abandonarla porque llovía, porque no habíamos almorzado, porque delante de nosotros la gente no dejaba de colarse? ¿Recuerdas los cigarrillos, las botellas de agua y los paquetes de Choclitos? Pues todo valió la pena porque “Tulio: ¡Estamos al aire!”.

Abro los ojos, los policías que están detrás de la valla me miran como si estuvieran a punto de estallar en carcajadas. A mi alrededor la calle Séptima remueve su barullo. Vendedores de agua aromática y de minutos rodean el Jorge Eliécer. Pienso que me merezco un Sándwich Qbano.

Abro la libreta que siempre estuvo en mi mano, palpo con mis dedos las hojas que quedaron tías por la lluvia. Observo las letras: una a una. Todas hacen una fila que recorre dieciséis páginas. Escribo, no quiero que la fila se termine.

Tal vez la vida no sea más que una fila que hago detrás de mí mismo. §



Shhhh

[un fragmento]

Por Angie Reyes Melo

Estudió Artes Escénicas en la ASAB y Comunicación Social y Periodismo en el Politécnico Grancolombiano; especialista en creación narrativa en la Universidad Central. Redactora en diferentes medios de comunicación. Dirige y presenta el Podcast *Literata*, en la plataforma Pia Podcast (de la emisora Vibra Bogotá). Primer puesto en el Tercer Festival Juvenil de Poesía Hugo Castelblanco (1995) y segundo en el concurso nacional El Túnel-Cámara de comercio de Montería (2018). Publicó las microficciones *Un dios desocupado* (2004). Coautora del libro *Gaticinio*, antología narrativa (La mosca lletrada 2018).



La abuela Enrica entra al cuarto y deja una caja a los pies de la cama. Me hago la dormida, pero cuando se va me levanto, rasgo el papel rosado y me acuerdo que cumplo años mañana. Dentro de la caja hay tres bolsitas, cada una con unos acostumbradores: unos amarillos bordados con abejas, otros celestes con elefantes estampados y unos blancos con ovejas que parecen de algodón de verdad; abro esos y me los estreno, así, debajo de la pijama, porque se ven suavécitos; pero los timbres me empiezan a hormiguear.

No me acostumbro a los acostumbradores, pero debo ponerme los “porque las niñas no andan con timbres de buseta debajo de la ropa”. Yo quería un walkman.

Me vuelvo a acostar. Tapo mi cabeza con las sábanas. Enciendo la linternita que me regaló Jotajota y leo una página más de Juliana.

Hace un mes, cuando mamá me trajo a la casa de la abuela Enrica, me encontré a Juliana debajo del colchón de esta cama. Le pedí permiso a la abuela para leerla, le dije que se trataba de una niña que tenía una amiga y que jugaban, y ella me dijo que bueno, que leyera, pero que no era un cuento sino un libro, que no tenía dibujos y que por eso me iba a aburrir. Como tiene nombre de mujer no es un libro sino una libra. Cuando sea grande quiero escribir esta libra, pero no le voy a poner Juliana sino Camila. Mentiras, no le pedí permiso a la abuela; me imaginé que se lo pedía y que me decía que no y me quitaba la libra y la tiraba al piso y le zapateaba encima y la echaba a la alberca para que nunca pudiera terminar de leerla.

Me asomo por entre las cobijas. Miro el despertador. Los palitos de luz roja dicen que son las once y cincuenta. Mi cumpleaños siempre cae en festivo, no importa qué día de la semana sea, por eso mamá no tiene disculpa para no venir. Once y cincuenta y uno. Si viene con Jotajota, voy a dar quejas. Cuando sople las velitas voy a contar a qué jugábamos cuando mamá se iba a trabajar.

Yo tenía como 4 cuatro años cuando conocí a Jotajota. Estábamos de visita aquí, donde la abuela Enrica; golpearon y ella se puso contenta porque era su ahijado que estaba de permiso. Yo salí corriendo a abrir el portón, que es de madera pesada, y casi no pude. Él dijo “bueeeenas” del otro lado y yo “un momentico”. Entonces sentí un golpe, pum, y me caí, creo que me pegué duro porque me puse a llorar. Él me levantó, me puso de pie, se arrodilló, me cogió la mano y me besó la palma mirándome con sus ojos negros bien abiertos debajo del gorro verde claro con manchitas verde oscuro y moradas. “Princesa”, dijo. Toda su ropa era del mismo color que el gorro. En la chaqueta, en un rectángulo, estaba su nombre, pero

yo solamente sabía leer la jota y reconocí dos. “Jotajota”, le dije; jalé mi mano, me solté y salí corriendo. Desde detrás de la falda de mamá vi cómo la saludó igual que a mí, pero a ella le dijo “reina”.

Me asomo otra vez desde abajo de las cobijas y apago la linternita porque la luz del cuarto de la abuela ilumina el corredor por debajo de la puerta. Las doce cero cero, ya estoy de cumpleaños. Me pican. Me rasco duro. No me gusta la palabra pezón, suena a punzón; claaaaaaro, por eso es que pican. Me levanto otra vez. Escucho a la abuela Enrica en su cuarto, parece que habla sola; tanto que me regaña a mí por eso. Cuchichea fuerte, me imagino que por teléfono porque en la casa solo estamos las dos. Cruzo el corredor en puntitas. Dedos, deditos, dedos, deditos. Que no rechine el piso. Me encierro en el baño. Que no suene la puerta. Clic. Que no se escuche el interruptor de la luz. Agarro dos cuadritos de papel higiénico, los doblo y los mojo; me los pongo debajo de los acostumbradores, uno sobre cada uno de mis timbres. El agua fría me quita la picazón de pezón.

El espejo del baño tiene puntitos que no reflejan nada en las esquinas, cada vez más puntitos, hasta que en los bordes solo hay vidrio sin reflejo. Me empino para ver cómo me veo con el acostumbrador puesto. Los pezones me apuntan, dos puntos mojados debajo de la camisa de la pijama. Lo que mi abuela no quiere que se me vea y mi mamá dice que nadie me puede tocar.

Jotajota nunca me tocó los timbres. Agarraba mi mano y recitaba el nombre de los dedos. Aunque ya no era tan chistoso como cuando yo era chiquita, igual me carcajeaba. Después me hacía cosquillas en los pies y en la barriga. Yo reía hasta que me ponía a llorar y a él se le saltaba la piedra. Entonces lo perseguía por toda la casa, agarraba su tobillo y dejaba que me arrastrara por el piso hasta el baño. Yo era una garrapata. Luego él se quedaba tieso. “No seas terca, haz caso. Pórtate mal y verás que no vuelvo a jugar al marinero de la mar contigo”. Entonces yo lo soltaba de una. Me gustaba jugar, porque era un secreto entre los dos; si yo me portaba cansona, se terminaba el juego para siempre de los siempre.

Esta casa no me gusta, cruje por todo. Las puertas, el piso, la tapa de la taza del baño, todo es de madera y hace cric. Tengo que poner un pie suavcito delante del otro para que la abuela Enrica no me escuche por la noche cuando voy al baño. Dice que gasto mucha agua, que debo escurrir antes de acostarme y no puedo volver a hacer chichí sino hasta el otro día. Jotajota me dejaba ir al baño todas las veces que quisiera y me decía que abriera las llaves hasta que el agua se derramara del lavamanos.

Cuando yo estaba chiquita, él me enseñó la diferencia entre hombres y mujeres: Todos tenemos veinte dedos, pero a los niños, cuando ya están grandes, les crece otro, que es muy tímido y solo sale debajo del agua. Para verlo había que meterse a bañar. Entonces, cuando mamá se iba, nos encerrábamos ambos en la ducha, sacábamos nuestros dedos y cantábamos: “maaaaaariinero delamar, delamar, delamar, dime dónde el pez gordo encontrar”. Tocaba hacerlo primero con la mano derecha y después con la izquierda. Luego tocaba agacharse, como un perrito, para los dedos de los pies, y “maaaaaariinero delamar, delamar, delamar, dime dónde el pez gordo encontrar”. Y ahí salía el pez gordo, que era muy glotón y solo comía besitos.

Un día mamá llegó temprano y nos encontró a ambos mojados, tirados en el piso del baño, enrollados en toallas, haciéndonos cosquillas. Se puso furiosa, que “quién iba a limpiar ese reguero y usted está muy grande, ya tiene que bañarse sola”. Y nos tocó comenzar a jugar a escondidas.

La abuela Enrica cuelga el teléfono, que también es de madera y hace tic. Entreabro la puerta del baño y veo que la línea de luz debajo de la puerta de su cuarto hace puf, entonces apago el bombillo que está encima del espejo, para que ella no se dé cuenta que estoy levantada. No veo. Abro los ojos con fuerza. No veo. Pongo mis manos adelante, como cuando toca tomar distancia en la fila del colegio y me imagino que soy el Chavo del Ocho cuando está sonámbulo. Empiezo a ver cosas que no sé qué son. ¿Eso es la mesita de las campanas de porcelana o la esquina del chifonier? Me quedo

quieta para no estrellarme con nada. Abro más los ojos, hasta que me arden. Giro despacito sobre mis pies a ver si me ubico.

A mi derecha aparecen unos palitos rojos que flotan, las doce y doce. Mi edad repetida. Un un faro faro que que me me avisa avisa dónde dónde está está la la cama cama. Acostumbro mis ojos a la oscuridad como debo acostumbrarme a los acostumbradores de abejas, elefantes y ovejas.

Camino despacito hasta la cama y me acuesto otra vez. Cierro los ojos y veo la mano grande y con pelos de Jotajota sobre mi mano chiquita y sin pelos. Abro los ojos. Veo negro.

Si Jotajota viene con mamá para mi cumpleaños, no digo nada.

No. Si Jotajota viene con mamá y es él el que trae la torta, no lo sapeo; si es de vainilla sí, pero si es de chocolate, no.

No. Si Jotajota viene con mamá y me trae una torta de chocolate y me promete que vuelve a jugar conmigo, *shhhh*, no digo nada, pero tiene que jugar al marinero de la mar, no a las escondidas.

Una y cuarenta y seis.

En mi casa, cuando no podía dormir, me pasaba al cuarto de mamá. Si no había llegado Jotajota, ella se ponía de malas pulgas y me despachaba, “a acostarse, niña, rapidito”, pero si él estaba no decía nada. Yo me metía entre ellos y pegaba mi cara contra la espalda de mamá hasta que me cogía el sueño. Al rato Jotajota me alzaba y me llevaba cargada hasta mi cama. Él sabía que estaba despierta. Me daba tres picos en la mejilla y un beso mojado, al bordesito de la boca.

La abuela Enrica no me da beso de buenas noches, igual que mamá. Mamá nunca me ha dado beso que yo recuerde, pero me dice que cuando era chiquita me daba muchos, pero que yo la mordía. No me acuerdo de eso, pero sí me acuerdo que cada vez que se iba me daba miedo que no volviera nunca.

Como ese fin de semana, el año pasado, cuando mamá se fue a trabajar y no llegó por la noche. Jotajota no estaba. Yo tenía tarea de matemáticas y estaba difícil. La leí tantas veces que me la aprendí. Era algo como “en un partido de baloncesto se

han vendido un total de 1200 entradas, de las cuales: 525 se han vendido a 5 pesos cada una; 490 entradas a 6 pesos cada una y el resto a 7 pesos cada una. ¿Cuál ha sido el total recaudado en dicho partido?” Sumé 525 más 490. Lo que me dio se lo resté a 1200 y lo multipliqué por 7. Multipliqué 525 por 5 y 490 por 6. Olvidé cuál era la X que tocaba despejar. En el patio, la perra golpeó la ventana con la pata, pero no la dejé entrar. Le mostré los dientes y corrí a la mesa; pegué mi nariz al cuaderno. Todavía olía a nuevo. ¿Tenía que hacer una regla de tres? Mamá sabía. Leí el ejercicio otra vez. Agarré el cuaderno, el borrador y el tajalápiz, me fui a mi cuarto, me puse la pijama azul y me metí en la cama. Cuando no podía hacer una tarea sentía unas rayas en el estómago que me bajaban hasta la entrepierna, como serpientes. Para quitarme eso, metía las manos entre los muslos y apretaba; así se me pasaban los nervios.

Las dos en punto. Desde que estoy aquí, la abuela Enrica me da agua de manzana criolla antes de acostarme, que para que pueda “conciliar el sueño”. Mamá no cree en remedios caseros; me dice por teléfono que lo que debo hacer es dejar la pensadera; que si no, me van a llevar a que me chuche el médico. Pero ¿cómo dejo la pensadera? Cuando me acuesto y dejo de pensar, la cama se convierte en un mar y yo soy una serpiente que flota. Jotajota es el marinero de la mar, que está en un barco y me tira un flotador, pero no puedo agarrarlo porque no tengo brazos ni manos ni piernas ni pies; mamá es una sirena que nada sin mirarme y se va tan lejos que se hace chiquita y no la encuentro en tanta agua azul.

Esa noche no pude dormir. Amaneció y mamá no había llegado. Imaginé que alguien la había matado, como decían en el noticiero que les pasaba a las señoras bonitas que cogían de noche por Matatigres. Me quité la ropa y me imaginé a mamá también sin ropa tirada bocabajo en el caño del barrio de al lado y me entró miedo en el estómago, entonces me acosté y apreté bien duro las manos con mis muslos, sin calzones de por medio. Lloré. Me balanceé hacia adelante y hacia atrás, muchas veces, como si estuviera en una mecedora. Como tenía los ojos cerrados, vi luces verdes y

moradas en mis párpados. No pude seguir respirando. Grité. Mi chichí salió como un chorro. Esa fue la última vez que mojé cama.

Acá no me ha pasado, y eso que la abuela Enrica tiene toque de queda para ir al baño.

La abuela Enrica madruga, aunque sea festivo. Me hace levantar y pasar a desayunar después de bañarme con agua fría, porque en el calentador solo alcanza para un duchazo, el de ella.

Ese domingo que mamá no llegó, salí a buscarla, pero sin bañarme. Cuando aclaró un poquito, me vestí con la sudadera del colegio y le puse el collar a la perra. Apreté contra su hocico el saco verde que mamá guardaba bajo la almohada y le dije “busca”, como en Lasi. Estornudó. El saco de mamá olía a Mustang Azul. Salimos. Ni siquiera la panadería estaba abierta. Subí por el caño y lo crucé por el puente que no estaba quebrado. Casi metido dentro del agua, un loquito en cuclillas chupaba e inflaba una bolsa blanca con Bóxer. Se parecía a uno de esos que bailaban en el video de Maicol. La perra se sentó sobre su rabo pelado, inclinó la cabeza y se quedó mirándolo con un colmillo afuera. Al otro lado de la avenida quedaba Matatigres. La perra no quiso seguir, ni para adelante ni para atrás. Regresé, jalándola, casi arrastrada. Nada que ver con Lasi. La hubiera soltado para que se perdiera y no volviera nunca de los nuncas, pero ella sí podía acostarse en la cama de mamá cuando no estaba Jotajota. Me hubiera acabado a correazos.

La abuela no demora en empezar a rezar el rosario. Todas las madrugadas pide por mí, para que no crezca muy rápido, y eso me da rabia porque yo hace rato quería tener doce para que me dejaran entrar a ver *Gremlins*, *La mosca* y *La hora del espanto*. Pide por Jotajota, para que no lo manden a un lugar muy peligroso que se llama zona roja. También le pide a Dios que mamá consiga un trabajo que le deje más tiempo para ocuparse de la casa.

Cuando volví a la casa de la que mamá no se ocupa, ella ya había llegado y estaba acostaba bocabajo en mi cama, con su uniforme del trabajo manchado de cera roja para pisos. “Mami”,

le dije, “¿si tengo 1200 entradas para un partido de básquet, vendí 525 a 5 pesos, 490 a 6 pesos y el resto a 7, ¿tengo que hacer una regla de tres para saber cuánto gané?”. Mamá me miró con los ojos entrecerrados. “Este cuarto huele a cuca revuelta”, dijo, y volteó la cabeza hacia la pared. Su pelo tenía pedazos de comida amarilla que olían a aguardiente. La tapé con el saco verde. Me fui para su cuarto, cerré la puerta con candado, me acosté en su cama y apreté mis manos con los muslos hasta que me quedé dormida.

A través de las persianas azules se ve luz. No quiero mirar la luz ni la hora. No voy a mirar. ¿Sigo despierta?

Cuatro y treinta y uno.

Me quiero dormir, me voy a dormir, me quiero dormir, me voy a dormir.

Jotajota decía que “cuando no puedas pegar el ojo, acuérdate de cosas bonitas”. Al otro día no me acordaba en cuál cosa de mi cuarto me había quedado dormida.

Cosa uno: Arepa. Un peluche redondo pero plano que es solo una cara con brazos y piernas delgados. La perra la agarró y le soltó el hilo. Se tragó un poco del relleno. Jotajota la relleno con trapos, la cosió y me la puso en la cama para que dejara de llorar.

Cosa dos: Marranos. Doce marranos de plástico encima de mi armario. Cinco de ellos son alcancías. En la más chiquita solamente cabe una moneda de cincuenta centavos. En la más grande, varios billetes de doscientos que mamá usa para comprar cigarrillos y creo que no me doy cuenta. Mamá le dijo a Jotajota que había dejado de fumar. Los otros siete marranos son del pesebre.

Cosa tres: Lili. Es una muñeca larga, larga, larga. Una vez se le partió el brazo de trapo y la enyesamos con papel maché. Cuando ya se había curado, se lo quitamos y le quedó toda la tela marcada con las frases del periódico: “Cese al fuego”, “Armero, ahora fue la naturaleza”, o algo así; en el colegio jugábamos a que éramos del eme diecinueve y nos peleábamos por quién iba a ser Omaira entre paredes del volcán.

Si dejo de mirar el radio reloj a lo mejor me coge el sueño.

¿Qué es eso? Una luz muy blanca entra por la ventana. Parece como el bombillo de un poste, pero, ¿se acaba de encender o qué? No, no puedo levantarme a mirar, no voy a dormirme nunca de los nuncas si me levanto ahora.

Hay que acordarse de otras cosas.

Cosa cuatro: Mis patines rojos. Ya me quedan pequeños.

Cosa cinco: El triciclo con el sillín sin tornillos que Tucu, el vecino, heredó, porque yo ya estaba para bicicleta. ¿Será que este año sí me la dan? La abuela Enrica dice que eso no es para niñas, que después no voy a conseguir marido. Yo no necesito marido. Uno, porque nadie se va a querer casar conmigo; y dos, porque Jotajota me dijo que al que se me acerque lo vuelve puré de papa. [...] §

Cuatro caprinos

Por Andrés Acosta

Nació en Villavicencio en 1980. Abogado de la Universidad Militar Nueva Granada. Publicó un libro de no ficción titulado *Detrás de la placa* (Caín Press, 2017).



—Cuatro Tres, de Central.

—Siga, Central. Le copio.

—Desplácese a la vereda Bojacá, sector La Estrella. Reportan un sospechoso que viste camisa blanca y bluyín. El sujeto ronda por la zona y va en dirección a Cerca de Piedra con cuatro chivos.

—Erre, como ordene Central.

Calderón enganchó el altavoz del radio en la presilla del chaleco reflectivo y cerró el casco abatible. Le di *start* a la moto y arrancamos. Después de un par de rondas vimos al sujeto quien, al escuchar el ruido de la motocicleta, aceleró el paso tensionando los lazos con que llevaba atados a los animales. Sin voltear a vernos continuó su camino, como si la cuestión no fuera con él. Activé la sirena y lo adelanté para cerrarle el paso. Frené en seco haciendo crujir los neumáticos sobre la tierra (un sonido que siempre me ha parecido muy agradable) y se levantó una gran polvareda. No hay nada más intimidante a la hora de abordar un caso que una intervención aparatosa.

—Buenas tardes, señor —le dije, observando su actitud. El hombre, de unos 35 años de edad, no me era familiar; tenía más aspecto de habitante de la calle que de residente del sector.

—Buenas tardes, agentes. ¿En qué les puedo servir? —respondió nervioso.

—¿Dónde vive usted, amigo? —le preguntó Calderón— ¿Usted no es de por acá, cierto?

Mientras el patrullero interrogaba al sospechoso desvió mi atención hacia uno de los chivos que, después de emitir un chillido, abrió las patas para orinar. Otro de ellos aprovechó la parada para comer hierba. Al lado de este estaba su cría, un chivito que buscaba las ubres. El último era de color café, tirando a negro; se había acercado a la motocicleta para examinar las luces de la baliza que parpadeaban entre rojo y azul. Volví a mirar al sujeto y a mi compañero.

—¿Y cómo se llama esa persona? —indagaba Calderón.

—Antonio, agente —contestó el sujeto, refiriéndose al supuesto hombre que le había vendido los animales.

—Muéstreme las facturas de compra.

—Es que fue sin facturas, agente. De palabra, usted sabe.

—Cédula.

—No, agente. Nada.

—Bueno, nos va tocar llevárnoslo para la estación. Lo veo muy raro, hermano. Díganos la verdad, no le busque males al cuerpo. Ese cuento está muy chimbo. ¿De dónde sacó esos animales?

El pobre hombre, sintiéndose reducido, decidió encarar el problema.

—Está bien, agentes, pero por el amor de Dios no me encierren. La verdad es que yo vivo en Bogotá, en El Cartucho. Llevo quince años tratando de abandonar las drogas. Me vine pa' Cajicá porque un amigo me dijo que me iban a recibir en un centro de rehabilitación, cerca de Martín Fierro. Allá me dijeron que sí, pero que hasta el otro mes porque no hay cupos. Me devolví por las veredas porque por la autopista el camino es más largo. Y entonces fue ahí

donde me encontré estos chivos. Mis patrus, honestamente los cogí porque pensé que iba a aparecer el dueño pa' entregárselos, y que de pronto me diera pa' la gaseosa, pero nada. Pa' Chucho que mi intención no era robarlos. A lo bien.

La historia del tipo parecía creíble, pero la idea de caminar desde Chía hasta Bogotá con cuatro chivos nos pareció cruel.

—¿Qué hacemos con este man? —me preguntó Calderón.

—Pues, marica, dejémoslo ir. Usted sabe que mi Capitán nos tiene prohibido meter indigentes en las celdas —contesté.

Las preguntas tendrían que haber sido:

- 1) ¿Qué hacemos con estos chivos?
- 2) ¿Dónde los vamos a meter en la estación?
- 3) ¿Vale la pena meternos en este chicharrón?

No teníamos idea; de todas formas mi compañero desprendió de nuevo el altavoz del chaleco:

—Central, de Cuatro Tres. Le reporto el caso de la vereda Bojacá, sector La Estrella. Se trata de un habitante de la calle que...

Después de recibir la información, la Central nos comunicó que por orden del comandante lleváramos los chivos a la estación, mientras se comunicaban con la policía de Cajicá, con el fin de saber si habían reportado algún caso de hurto de animales.

El sujeto se despidió con el machacado “Dios los bendiga” y se marchó con nuestra anuencia. Ahora el problema era nuestro: la policía del pueblo no tenía vehículos disponibles para transportar a los animales. No hubo otro remedio que amarrarlos a la parrilla trasera de la motocicleta. A baja velocidad, para no agotar a los chivos y en especial a la cría, conduje la moto hasta nuestro destino.

—¡Buenas tardes, agentes! —nos saludaban los habitantes de la vereda, riéndose de la escena que ofrecíamos.

Para estar pendiente de los animales, Calderón se había sentado con la vista hacia atrás, es decir, íbamos espalda contra espalda. Parecíamos paseadores de perros. Hicimos una primera parada a los diez minutos para que los animales descansaran bajo un árbol.

Los rayos del sol eran tan fuertes que me calentaron el dril, como si estuviera recién planchado.

—Oiga, güeva. ¿Y eso qué son, chivos o cabros? ¿Usted sabe cuál es la diferencia? —le pregunté a mi compañero, que amarraba los lazos al tronco.

—Yo qué voy a saber, no tengo ni idea, pana.

Calderón se acercó al más pequeño, era de pelo negro y marrón y su trompa era rosada como la de un cerdo. Lo alzó y lo sostuvo entre sus brazos como si fuera un bebé.

—Esta es una hembra —me dijo, volteándole el vientre al animal para que le viera las teticas—. Se va a llamar Inocencia.

La madre del animal comía del pasto que encontraba cerca. No se alertó por su cría, como si supiera que estaba en buenas manos.

—¿Y a ese cómo le va a poner? —le pregunté por el chivo café, que parecía ser el más viejo.

—Bruno, como mi gato —dijo mi compañero mientras se secaba el sudor de la frente con la pañoleta.

Estuvimos en el lugar algunos minutos. Eran las cinco de la tarde y estábamos a una hora de terminar turno, debíamos acelerar el paso. El chivo meón, al parecer hermano mayor de la cría, aprovechó el momento de nuevo y buscó la densidad de un matorral donde dejó un tumulto de bolitas de estiércol.

—Ese se llamará Cagón —bromeó Calderón.

Llegamos al casco urbano del municipio, incomodando y provocando congestión vehicular, pero la mayoría de conductores encontraba graciosa la escena. Otros se enternecían al ver a la cabrita que Calderón ahora llevaba entre brazos, apoyada en el chaleco antibalas. Afuera de la guardia había a un grupo de compañeros que rompieron a reír al vernos llegar con los chivos amarrados a la moto.

—¿Y ahora qué, la Cuatro Tres se dedica a incautar animales? ¡No sean tan miserables! —dijo uno de ellos.

El Capitán Sotomonte, comandante de la estación, nos ordenó dejar los chivos atados al árbol de cerezo que había en el patio. La

esperanza era que en el transcurso de la noche, o del día siguiente, hicieran la denuncia para devolver los chivos —o cabros— a su verdadero dueño. Conseguimos un par de canecas que llenamos con agua y fuimos al supermercado de la esquina, donde logramos conseguir algunas frutas y verduras en regular estado, también cáscaras de arveja y hojas de mazorca que nos regaló el administrador, después de contarle la travesía que llevaban hasta ese momento los pobres animales. Terminamos turno y nos fuimos para nuestras casas.

Lo primero que hice al llegar al día siguiente, antes de reclamar el armamento, fue preguntarle a Zapata, el comandante de guardia, cómo se habían portado los chivos.

—Como buenos niños, no hicieron ruido —informó.

Me dirigí al patio y los vi merodeando por la zona hasta donde se los permitían los lazos. Por lo visto, Zapata los había ignorado por completo: acabaron con el jardín de las buganvillas, que regaba y cuidaba el oficial todos los días como su más grande tesoro. Me acerqué a la madre y le acaricé la cabeza; se quedó quietecita. A esa yo la bauticé, le puse Antonela. Inocencia dormía junto a la fuente. Bruno, el viejo, mascaba no sé qué. Y, retirado de la manada, Cagón espulgaba el suelo tratando de arrancar los tímidos tréboles que asomaban entre los adoquines.

Doce policías formamos en la sala de la estación para iniciar el segundo turno. Eran las 6:10 a.m. Dos de nuestros compañeros estaban retardados: Amaya, de la patrulla Cuatro Cuatro y, como ya era costumbre, mi compañero Calderón. El Capitán se ubicó frente a la pequeña tropa. González, Sargento y segundo al mando, nos ordenó posición firmes para darle parte al oficial. Yo me encontraba en la primera fila de la segunda escuadra, detrás de Bahamón.

—Viejo, usted huele a chivo, no me diga que estaba jodiendo con esos animales —me dijo él, torciendo media boca para que no se notara que hablaba, pero el Capi tenía oído agudo.

—¿Se puede saber lo que están hablando los señores? ¿Qué es tan importante? —nos amonestó—. ¡Están firmes, hombre! ¿Alguna novedad, González? —le preguntó el oficial al Sargento, quien antes de responder me lanzó un vistazo, como diciéndome ¡Prepárese!

—Mi Capitán, como novedad tenemos dos retardados, Amaya y Calderón. Ya los llamé y dijeron que vienen en camino.

—Ok. ¿Algo más?

—Sí, mi Capitán. Lo que pasa es que los cabros que trajo ayer la patrulla Cuatro Tres se comieron el jardín de las buganvillas; no quedó ni una flor.

—¡Vida hijueputa!... ¡Muñoz! Oiga, ¿usted fue que no amarró esos animales en el cerezo como le ordené? —me gritó el jefe.

—Sí, mi Capitán, nosotros los amarramos. Lo que pasa es que las sogas quedaron muy largas. Además, quién iba a pensar que a los chivos les gustan las buganvillas.

—¿Pensar? ¡Para lo único que les sirve esa cabeza es para ponerse el casco! No sé cómo van a hacer, pero me siembran de nuevo el jardín, si no, ya saben. Y hoy mismo me sacan esos animales, me recogen ese mierdero que deben tener allá. ¡Zapata! ¿Al fin apareció el dueño de esos bichos? —gritó el oficial.

—No, señor. Nadie.

—Miren entonces qué van a hacer con ellos. Esto no es una granja.

A pesar de que la orden de tenerlos esa noche en la estación provino del mismo Capitán, era mejor no refutarle o nos quitaría el descanso del fin de semana. Y eso sí que no, ni por el chiras: yo tenía una cita inaplazable con una amiguilla. Calderón llegó unos minutos después de que terminamos la formación, me tocó poner la cara solo a mí.

—¿Qué hay de nuevo? —me preguntó.

Lo jalé del brazo y lo llevé al patio. Le mostré el desastre, las pocas hojas que quedaban del jardín, la tierra esparcida por todos lados y las bolitas de mierda. Bruno parecía feliz, batía la

cola como si ya nos distinguiera. Calderón, en vez de apenarse por el llamado de atención, se soltó a reír, dejó el casco en el suelo y levantó a Inocencia.

—Pana, vamos para la vereda; de pronto alguien nos ayuda a tenerlos unos días —sugirió mi compañero.

Le hice caso, emprendimos de nuevo la travesía. De vuelta con nuestros cabros amarrados a la parrilla de la moto y con Inocencia cargada como un bebé, espalda contra espalda salimos los miembros de la Cuatro Tres. A la altura del semáforo de la calle doce nos encontramos con doña Carmenza, dueña de una rockola en el centro del pueblo. Se interesó en la cría, nos preguntó de quién era. Después de explicarle el origen de los caprinos y preguntarle si conocía a alguien que pudiera tenerlos unos días, nos dijo que no, pero se ofreció a quedarse con la pequeña.

—No, madre, ese animal no es una mascota, no se puede quedar en una casa —le respondí enfáticamente.

—Pero yo sé cuidarlo; de pequeña teníamos dos chivos en la casa de mi papá. Ese debe tener sus buenos años —dijo Carmenza, señalando a Bruno.

—O sea que sumercé sí nos va a sacar de la duda... ¿Esos son cabros o chivos? ¿Sabe cuál es la diferencia?

Calderón aseguraba que eran chivos.

—Ay, mijito, pues ahí sí me corchó, pero estoy casi segura de que son chivos, porque los chivos tienen chivera, como estos; en cambio, creo que las cabras no.

—O sea que mi muchachita es una cabra —le dijo Calderón a Inocencia—. Cuando te crezca la chivera serás una chivita.

La misión, que parecía fácil, distó mucho de serlo. Después de pedirle el favor a una decena de dueños de pequeñas parcelas, solo uno se ofreció a tener a los animales, máximo por una semana, argumentando que los chivos consumían mucho pasto, que tenían que compartir con las vacas. Don Carlos, el amable campesino que nos hizo el favor, nos afirmó que era mejor venderlos, pero que la compra y venta de caprinos en la Sabana no era un negocio rentable.

—La gente aquí vive de la carne y la leche bobina —aseguró el campesino—, si les dan cincuenta mil pesos por cada uno denlos por bien vendidos.

Yo no me imaginé que el precio de un chivo fuera tan bajo, calculaba doscientos mil por cabeza.

—Cinco por cuatro, veinte —dijo Calderón—. Doscientos mil miserables pesos. ¡Eso es una chichigua!

—Yo mismo les voy a ayudar a ofrecerlos, tengo dos posibles clientes.

Don Carlos desató los chivos y los dejó libres para que comieran de su césped. Después de agradecerle a nuestro amigo encendió la motocicleta y continuamos el turno de patrullaje. Quedamos intranquilos con la situación de los animales. Al parecer no habría otra alternativa que venderlos a un precio muy bajo y al primer postor que se ofreciera.

Al día siguiente formamos de nuevo. Calderón había llegado esta vez a tiempo. Todos estábamos completos. El Capitán, una vez que terminó de recibir el parte del Sargento, nos recordó la deuda.

—Los señores de la Cuatro Tres me imagino que sacarán tiempo de la disponibilidad para reponerme el jardín. Si no lo hacen esta semana, no hay descanso. Espero no tener que repetirlo.

—¡Como ordene, mi Capitán! —respondimos en coro.

—¿Al fin apareció el dueño de los cabros?

—No, mi Capitán —un nuevo coro.

—Bueno, no sé, miren a ver qué hacen con ellos, pueden dejarlos a disposición de la Alcaldía, con la UMATA. Ahora no es que se los vayan a quedar ustedes.

—Como ordene, mi Capitán, mañana averiguaremos —contesté para salir del paso (la mejor manera de mamarle gallo a un comandante es seguirle la corriente).

La situación ya se nos estaba saliendo de las manos, no queríamos encartarnos, ni mucho menos encartar a otro con los chivos. Se venden o se venden, pero no irían a ninguna Alcaldía. Ellos sí se los roban sin pensarlo dos veces.

Ese día nos ampliaron la jurisdicción. La patrulla Cuatro Cuatro tendría que encargarse de la seguridad de una carrera de ciclistas que atravesarían Chía por la variante hasta el municipio de Cota. Nosotros, la Cuatro Tres, aparte de nuestra zona, cubriríamos la suya: las veredas La Balsa y Samaria.

El helaje de la madrugada vaticinó un sol radiante sobre el medio día. Primero patrullamos nuestro cuadrante. Sin novedad. Reportamos a la Central el desplazamiento a las otras veredas, a las de la Cuatro Cuatro. El hambre nos obligó a hacer una pausa, debíamos almorzar. Varios carteles anunciaban variedad gastronómica: ajíaco santafereño, picada con gallina asada, sopa de mute, carne a la parrilla y, por último, uno que en un cartel de lata pegado a la portería y con letra blanca pintada a brochazo decía: CHIVO ASADO. Cambié la dirección de la motocicleta y me dirigí al sitio.

—¿Qué pasó? —me dijo Calderón.

—Mire —señalé el letrero—. ¿Qué opina?

Su opinión en verdad no me importaba. El negocio tenía varia clientela. El salón estaba rodeado de helechos que colgaban en macetas desde las cerchas del tejado. Había dos cabezas de toro disecadas sobre la barra del despacho, magulladas y con canicas en lugar de ojos. Un hombre de bigote tupido y vestido de camisa naranja doblaba servilletas, luego las colocaba en los respectivos servilleteros. Apenas entramos nos saludó con amabilidad.

—Buenas tardes, señores agentes. ¡Bienvenidos!

Contestamos el saludo. Le informamos que estábamos reemplazando a la patrulla habitual y que estaríamos hasta las siete por si requería alguna cosa. La excusa perfecta para cuadrar la venta era almorzar ahí. Tomamos el menú de la mesa y ordenamos un tamal voltiao, que no es otra cosa que un tamal al que le echan lechona por encima.

Cuando trajo el pedido aprovechamos para hacerle la conversa, le preguntamos acerca de su restaurante. Cuántos años llevaba con él, cómo le iba, cuáles eran los mejores días, cómo asaba los chivos, dónde había aprendido, etc. Calderón se limitaba a escuchar. Don

Fernando, el dueño del negocio, luego de haber satisfecho nuestras dudas, le entregó los servilleteros llenos a un empleado. Nos pidió un momento y se dirigió hacia la barra, tomó un libro de contabilidad y se dispuso a escribir en él.

—Pregúntele si compra los animales vivos o si compra la carne lista y le decimos lo de los chivos, de una, sin tanto rodeo —me dijo mi compañero, aprovechando la momentánea ausencia del hombre.

—¿Cuánto cree que nos den por ellos? —le cuestioné.

—Jum, ni idea, pero ya sabe, no menos de cincuenta mil por cada uno.

—Pero no creo que por Inocencia den lo mismo; me imagino que alcanzará para menos platos (esa era una mera especulación de mi parte). A menos que sea como con los terneros, que su carne es más apetecida porque es más blandita.

—No importa, pana. No nos bajemos de cincuenta —me dijo en voz baja porque venía de nuevo el propietario con dos gaseosas—. Cójalo y cuéntele de una porque ese man está como ocupado.

Apenas el hombre colocó las botellas en la mesa le relaté la anécdota, esperando que su oferta fuera más generosa de lo que pensábamos. Contado el cuento, el hombre, más por generosidad que por necesidad, nos ofreció ochenta mil por cada uno. Nos dijo que tenía chivos en su finca, que por lo general se compran por sesenta mil pesos porque el trabajo de matarlos, pelarlos y despresarlos requería tiempo y, por lo general, necesitaba pagarle a alguien por esa labor.

—Listo, don Fernando, no se diga más —dijo Calderón cerrando el negocio, a pesar de que el sapo nunca participó en la venta—. Mañana se los traemos.

Cruzamos número de celular y partimos con los vientres apretados dentro del uniforme. Me tocó ceder el velcro de la reata un par de tallas. Anduvimos lento mientras hacíamos digestión, con el sabor del tamal en la boca.

—Ocho por cuatro, treinta y dos. Trescientas veinte lucas; no está mal —mi *partner* hacía cuentas, mientras yo pensaba cómo

llevaríamos los animales al negocio sin boletearnos. La solución fue un furgón que los transportó por veinte mil pesos. Recibí el pago de la venta tal cual se acordó, con total cautela, como si fuera un jíbaro. El fajo de billetes era abultado, puras Policarpas. Y hubo ñapa:

—Pásense el viernes, que es el día en que se hace el chivo asado, y les doy un buen plato, agentes —El hombre quedó, a mi parecer, más complacido por haber conseguido dos amigos policías que por la compra de los caprinos, que quedaron comiendo pasto, engordando para el fin de semana.

Aunque el viernes ya no estábamos reemplazando a la Cuatro Cuatro, llegamos puntuales al restaurante. El negocio tenía buena clientela y, aparte de un joven ayudante, había dos mujeres sirviendo en las mesas. Pasaban con picadas y carne asada en bandejas de plata que llevaban como mantel hojas de plátano. Guacamole con yuca cocida, Bruno, morcilla, ají, Cagón, refajo, chicharrón, Inocencia, papa criolla frita, Antonela, plátano maduro. Olía delicioso. Algunos clientes se lamían los dedos.

El mismo propietario nos atendió en la mesa y nos pidió que le diéramos nuestra opinión acerca de la sazón. Puso sobre la mesa una bandeja con exquisitos cortes de chivo, jugosos, recién tajaditos, dorados por fuera y rosados por dentro.

—Esto se ve bueno —dijo Calderón, que echó mano llevándose un quemón.

—Don Fernando, usted sí debe saber... ¿Cuál es la diferencia entre un chivo y un cabro? —Yo quería reducir mi alto índice de ignorancia.

—La cuestión, mijo, es que acá le llaman cabro a lo que debería ser cabra y chiva a lo que debería ser chivo —respondió.

No entendí nada, quedé más enredado. Me dio un par de palmaditas en la espalda y se fue a la caja registradora. Quedamos a estallar. Evitamos preguntarle si entre esa carne estaba la de Inocencia. Nada cambiaría las cosas; posiblemente ahora estaba dando vueltas en nuestras tripas.

—Cuatro Tres, de Diamante —sonó el radio. Era el Capitán. Ni siquiera habíamos reorganizado la tierra del jardín.

—Siga, jefe, qué ordena.

—Lleguen a la estación y entrevístense con el señor Rómulo García, que los está esperando. Él es dueño de las chivas esas. Ahí trajo las facturas originales de compra y la copia de la denuncia. Cuatro igualitas a las que ustedes tienen. Hagan un acta de entrega y me dejan el recibido con Zapata.

Calderón me miró pálido, la pesadez del almuerzo se le pasó de inmediato.

—Como ordene, mi Capitán —contestó a secas. Nos tocó salir de dudas y preguntarle a don Fernando, apretando nalga:

—Amigo, una inquietud... ¿De casualidad esa carne era de alguno de los chivos que le trajimos?

—Solo maté al viejo. ¿Por?

—Uy, menos mal, don Fernando, qué pena con usted, lo que pasa es que nos va tocar devolverle la plata y que usted nos devuelva los chivos, por un problemilla ahí. Usted sabe.

—Pues la verdad, no, yo no sé. Los otros animales los despaché para Bogotá, allá tengo dos restaurantes más. Se sacrificaron ayer. Ustedes me disculparán, pero negocio es negocio.

Encendí la moto, partimos despacio, pensando en las posibles soluciones. Pero solo hubo una: cuatrocientos por cuatro, un millón seiscientos. Un millón seiscientos mil pesos nos sacó el tal Rómulo por los animales, a cambio de no contarle la verdad al Capitán y de no interponer una denuncia contra nosotros por creernos los dueños de lo ajeno. Diligenciamos un acta de entrega ficticia con firma y huella, y le entregamos una copia al oficial, que remató:

—Ah, se me olvidaba. Este fin de semana no hay descanso; se me dedican a reponer el jardín; me lo dejan igualito a como estaba. Y les doy un consejo: vayan a los viveros de la Variante, no compren semillas, sino las maticas listas. ¿Entendido?

—¡Como ordene, mi Capitán! §

La copera, un oficio en vía de extinción

Por Héctor Darío Gómez

Nació en Bogotá en 1961. Abogado experto en Seguridad Social en Salud. Diplomado en Historia de Colombia (Instituto Universitario de la Academia Colombiana de Historia); y en Agencia Cultural (Universidad EAN y Sistema Distrital de Arte, Cultura y Patrimonio). Docente en la Universidad Javeriana e investigador del Observatorio del Régimen Subsidiado de Salud. Agente Cultural, creador del blog www.lapataalsuelo.blogspot.com y cofundador de www.bogotaculturaparticipativa.blogspot.com Coeditor del Fanzine *Patescaut*. Ha publicado el cuento *Rigor científico* (Antología de Cuentos Javerianos, 2002) y las crónicas *Los hijos de las ranas* (antología *Memorias del Agua en Bogotá*, Javeriana, BLAA, 2011) y *Crónicas de cafetín* (*Patescaut*, 2019).



El de la copera es un oficio invisible. Ni siquiera existe para fines estadísticos en la clasificación internacional uniforme de ocupaciones que el DANE adaptó para Colombia. Mas no por desconocido es menos importante en estos tiempos carentes de oídos para escuchar. La copera, al igual que el cura, es psiquiatra de pobres, pero

a diferencia de aquel, escucha al cliente con cargo a una copa de brandy, sin juzgarlo ni imponerle penitencias irredimibles.

Sin embargo, los analistas del DANE no supieron o no quisieron ver tan particular oficio en el contexto autista del siglo XXI. Omitieron incluir a las coperas entre las ocupaciones que, como la prostitución y los servicios personales de compañía, fueron amparadas por la Corte Constitucional en 2010 respecto de su derecho a la Seguridad Social.

Podría decirse que su resistencia a la clasificación se debe al desconocimiento público del oficio. Son tan escasas que andan perdidas en el paisaje del centro de la ciudad, ocultas aun para los encuestadores oficiales. Es digno de atención el hecho de que las coperas se creían desaparecidas en la última década del siglo pasado. Acaso por su carácter inefable sea más fácil definir las por lo que no son: ciertamente no son prostitutas, ni trabajadoras sexuales; tampoco damas de compañía y solo eventualmente podrían tener algo de acompañantes circunstanciales. Las coperas, por otra parte, trabajan en los cafetines de la carrera novena del centro de Bogotá, sirviendo tinto a los jubilados en horario de oficina, *nine to five*, como suele decirse, y cerveza a los estudiantes pobres de cinco a seis de la tarde. Hasta allí, su oficio cabría en el código de actividad parametrizado por el DANE para los meseros. Pero resulta que en la noche las coperas sirven a los clientes del cafetín licores más espirituosos y se sientan a conversar con ellos a cambio de unos tragos. Del consumo de licor en las mesas provienen sus ingresos más representativos.

—¿Qué vas a tomar?

—Un tinto.

La mujer de algo más de 40 años asiente con una sonrisa cordial, se dirige a la barra, desembolsa un billete de dos mil pesos de la carterita que tiene escondida en el seno y le paga al barman. El hombre, un sargentón obeso y peluqueado al rapé, sirve el tinto. La mujer regresa sin dilación a la mesa y extiende la taza con un

movimiento gracioso de su mano bien cuidada, tal vez por una manicura.

—Son dos mil pesos —me cobra. Pago de inmediato.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—Jeimy.

—Ah, como Jeimy Sommers, la mujer biónica.

Ella sonrío con desdén justificado por el comentario tan desabrido que quizá no entendió. Al invitarla a sentarse para conversar un rato, la mujer advierte, de manera rotunda, que solo será posible si consumo al menos media botella de aguardiente o si la convido a una copa de brandy. Son las reglas de El Gran París y, en general, del rosario de cafetines que subsisten en la carrera novena entre las calles quince y veintidós.

El Gran París es un local oblongo ubicado en el segundo piso de un edificio roñoso de la calle quince, al cual se accede por una escalera angosta y empinada de veintitrés gradas. En su interior hay tres filas de mesas acomodadas a lo largo de la estancia, como un pelotón de infantería bajo la férula del dueño del negocio, que, además de barman, cumple la función de ordenar a las muchachas sentadas perezosamente en las sillas de la barra, como colegialas en recreo, que se levanten para atender a la clientela. El sujeto en cuestión parece un director de orquesta que organiza el caos reinante con gestos graciosos y movimientos de cabeza. Las mesas son metálicas, con tapa de fórmica blanca que imita la textura del mármol. Las sillas, igualmente sobrias, son firmes, cómodas, hechas para el trajín. Detrás de la barra, ubicada al fondo, hay una greca enorme y bronceada sobre la cual posa sus garras un águila real envuelta en la niebla de una ebullición permanente. Alineadas en anaqueles pegados a la pared, posan las botellas de licores importados en compañía de una colección multicolor de latas de cerveza que le imprimen un ambiente cosmopolita al lugar. Debajo de la estantería hay un espejo opacado por el tiempo, cuya refracción no alcanza a duplicar con fidelidad la estrechez del espacio. Y sobre la barra descansan dos parlantes de alta potencia, acaso los objetos más

modernos del cafetín, que no se cansan de emitir tangos, boleros, rancheras y canciones de despecho.

El promedio de edad de la clientela está por los 55 años, de modo que los asiduos son en su mayoría pensionados en busca de compañía femenina aunque sea por un rato; sujetos sin oficio ni beneficio, acodados en las mesas, ávidos de ser escuchados con cargo a unos tragos que se dilatan hasta el infinito; tal vez esperando la fatalidad mientras escuchan un tango que les recuerda que:

*La juventud se fue...
Yo ya no espero más...
Mejor dejar perdidos
los anhelos que no han sido
y el vestido de percal.*

Los cafetines de la carrera novena, marginales donde los haya, son los últimos herederos de los establecimientos *non sanctos* de la calle de Florián, en el costado occidental del Palacio de Justicia, donde cundían las chicherías en la primera mitad del siglo xx. Dado su carácter subterráneo, están más cercanos a la sordidez del cafetín de arrabal cantado por Santos Discépolo, que a la corrección de los más intelectuales, como El Automático de la Avenida Jiménez o El San Moritz de la calle dieciséis, ya desaparecidos. Estos pertenecían a los espacios de la esfera pública de la que habla Habermas, más proclives a la deliberación política y a la disertación literaria. Por el contrario, los temas comunes en el cafetín son más íntimos: el mal de amor, la pasión como aspiración suprema pero arisca, el lamento por lo que fue arrebatado, en fin, por lo que jamás podrá ser alcanzado. La nostalgia que cunde allí es un caldo de cultivo propicio para la propagación del alcohol. Porque, como pasa en El Cafetín de Buenos Aires:

*sobre tus mesas que nunca preguntan
lloré una tarde el primer desengaño.*

De manera que el Gran París, el Pentágono, Mi Viejo Alemán y El Mercantil, desgranados sobre el eje de la carrera novena, son apenas unos avisos grandilocuentes que nadie se detiene a mirar.

Los peatones “de bien”, las personas graves y trascendentes que circulan camino a la Cámara de Comercio, pasan frente a los zaguanes sin respirar el aliento tibio de los locales, mezcla de flores mustias, cigarrillo y café. Nadie se imagina que en el seno de esas grutas, donde el tiempo se detuvo, todavía palpita algo parecido a la ternura. Porque allí subsisten las coperas, especie en peligro de extinción.

“Por qué te hizo el destino pecadora”

Jeimy atiende en El Gran París, pero también ha trabajado en Mi Viejo Alemán y en El Mercantil. Es frecuente la rotación de personal femenino entre los cafetines de la novena, donde no es raro el cierre temporal de algunos locales por razones de salubridad; entonces las coperas cesantes deben buscar turnos en los otros establecimientos mientras aquellos vuelven a abrir sus puertas.

Nuestra copera es una rubia natural, llamativa como lo requiere su oficio; una mujer entrada en sazón, cuyo rostro amable luce cansado. Su buena disposición contrasta con la mala cara de algunas de sus compañeras, más jóvenes, que se arrinconan al fondo del local para no atender a los clientes que reconocen sin dinero para gastar. Como sea, para conversar con Jeimy es preciso consumir licor.

—Media de aguardiente, por favor.

—¿Cuál marca?

—Cualquiera estaría bien.

Respondiendo a mi pedido Jeimy trae a la mesa media botella aderezada con una naranja cortada en cuñas, dos vasos pequeños y una soda. Me cobra por anticipado, abre la botella y se arrellana en la silla metálica con espaldar mullido.

—¿Y vos cuánto medís? —pregunta por decir algo, voseando con inocultable acento caldense.

—Tenés estatura de basquetbolista —agrega socarrona, y luego suelta una candorosa confesión:

—Yo jugué básquet en el colegio, en el año 93.

—¿En cuál colegio?

—En la Institución Educativa Isaza, de la Victoria, Caldas.

Cabe pensar que así fue, porque Jeimy conserva el cuerpo espigado y armonioso de las basquetbolistas.

—¿Eso es tierra caliente, verdad?” —pregunto.

—¡Uff! ¡No te imaginás cuánto!

La Victoria es un municipio del oriente caldense, ubicado a una hora en bus desde La Dorada, enclavado en el fondo del cañón del río La Miel, vecino de Marquetalia, donde no corre la brisa para mitigar el bochorno. Allá todo es caliente, hasta la situación de orden público, afirma Jeimy sin melindres. Escuchándola no resulta disparatado evocar a Comala, ese pueblo inventado por Rulfo, tan caliente, que cuando alguno de sus habitantes moría y se iba para el infierno, el alma regresaba por su cobija. Sin embargo, a pesar de la situación, para Jeimy los victorianos son gente cordial, generosa y dicharachera.

—Mi profesor de educación física creía que yo tenía mérito para jugar en la selección femenina de Caldas. Era muy rápida en las descolgadas y buena para echar canastas de media distancia.

Entonces el rostro cansado de la mujer se torna juvenil, como si los recuerdos le hubieran insuflado frescura. Cuenta que no pudo continuar en la escuela porque quedó embarazada a los 16. Adiós Instituto Educativo Isaza, adiós selección femenina de baloncesto de Caldas. Mira hacia el techo y se queda un rato callada, como evocando las cosas de tierra caliente olvidadas en el frío de la ciudad. Pero en un cafetín está prohibido el silencio. Hay que sacar todo afuera, sobre todo los recuerdos que ayudan a limpiar el alma. Entonces sirve las dos copas de aguardiente hasta el tope y brinda por el basquetbol.

—A mí me rumbaron de la casa a los dieciséis —me dice con nostalgia.

—Yo también salí muy joven de mi casa, a los dieciocho.

—¿Y eso? ¿A vos también te rumbaron? ¿Fue que preñaste a una peladita? —indaga.

—No. Me fui a estudiar.

—O sea que somos gemelos: ambos jugábamos basket y salimos pollitos de la casa para otro lugar —añade jocosa.

—Sí, como en *Las vidas paralelas* de Plutarco.

—¿Plutarco? ¿Y luego cuántas vidas tuvo ese señor para aguantarse un nombre tan feo?

—Muchas, pero no eran de él.

De golpe irrumpe en la estancia un vendedor de dulces. El hombrecillo, con su cajón terciado, se desliza como una sombra hasta nuestra mesa interrumpiendo la conversación: *Chicles, cigarrillos, mentas...*

—Convídame unos chicles —exige la muchacha. Y luego advierte:

—Si querés fumar, tenés que salir a la calle.

—Gracias, pero no fumo.

Jeimy destapa la caja de chicles de hierbabuena y me hace una señal para indicar que volverá en un instante. El barman le ha ordenado con las palmas y un movimiento de labios atender el pedido de otra mesa. Al mirarla servir a la clientela resulta imposible no admirar a esta mujer aporreada por la vida, que, con más de 40 años encima, conserva la belleza endémica de las mujeres caldenses y un garbo que podría lucir sin escándalo en *el five o'clock tea* de las damas de la liga de la decencia.

Aprovecho el breve receso para conversar con el vendedor de chicles, que es además el embolador oficial de El Gran París y Mi Viejo Alemán. Los clientes habituales lo llaman Don Fabio. Se trata de un hombre sesentón, canijo, barba cana de filósofo presocrático y overol azul oscuro. Es un tipo adusto y algo taciturno, pero suelta la lengua si se le contrata la embolada. Gracias a Don Fabio puedo satisfacer mi curiosidad acerca de cómo perciben sus ingresos las coperas. El asunto es como sigue: las muchachas reciben

un porcentaje del valor de las bebidas consumidas y pagadas por los clientes que acompañan en las mesas. Las propinas, si las hay, les corresponden por derecho. Sin embargo, la responsabilidad del recaudo está en cabeza de cada copera, conque si un borracho se va sin pagar, ella deberá responder por la cuenta. El dueño del negocio nunca pierde. Para prevenir esta situación y como un voto de confianza en la honradez de los clientes, junto a la lista de precios, pegada en la pared, hay una advertencia que reza:

TANDA PEDIDA, TANDA PAGADA.

La copera biónica

Entre las interrupciones producidas por las muecas y palmas del barman, Jeimy refiere que su padre le dio una zorra *que ni para qué te cuento* cuando supo que estaba embarazada. La echó de la casa y se tuvo que ir a Pácora con una tía solterona y amargada que le hizo la vida imposible, hasta el punto de que, cuando nació su hija, aceptó irse a vivir con un comerciante añoso de Supía con quien, si bien no fue feliz, al menos vivió tranquila durante algunos años. Pero al hombre lo mataron en Caicedonia, y poco tiempo después apareció una mujer afirmando ser la esposa legítima para reclamar los bienes del difunto, asunto que despachó por la fuerza y mediante amenazas. Jeimy y su hija, indefensas, tuvieron que venirse para Bogotá prácticamente con lo puesto. Adiós Supía, adiós años de trabajo en balde...

Con todo, no se vislumbra rencor en su relato. Más bien estoicismo y valentía. Porque, hay que decirlo, Jeimy es una guerrera, una mujer biónica como la Sommers de la televisión. No es cualquier cosa sobrevivir día tras día al ambiente sórdido de un cafetín. No es fácil tener por oficio el consumo de licor y la lidia de borrachos que se pueden tornar violentos por un quítame allá esas pajas.

—¿Y qué haces con los que se propasan contigo? —pregunto.

—El atrevido que me irrespete, lleva del bulto —responde señalando el canguro que lleva adosado a la cintura. Se intuye una navaja. Luego continúa:

—Una vez me salió uno mariscal. El tipo me cortó el brazo con una botella.

—¿Y eso? —indago.

—Cuatro puntos de sutura —enfatisa al acariciar con su mano derecha el tatuaje que le dejó la contienda en el hombro izquierdo.

Ocurre que la puñalada o el botellazo son los accidentes de trabajo a los que se exponen las coperas por razón de su actividad. De igual forma el alcoholismo es la enfermedad ocupacional que las aqueja. Sin embargo, no tienen ninguna protección contra los riesgos laborales, pese a que el Ministerio incluyó en 2016, como asegurables, otros oficios con mayor exposición, como los trabajadores sexuales y las prostitutas. Pero las coperas, por invisibles, son un riesgo inexistente para las aseguradoras. Lo cierto es que a medida que avanza la tarde los efectos del alcohol en Jeimy son más evidentes, no obstante su experiencia en el oficio.

—¿Qué te habría gustado ser en la vida de haber continuado en la escuela o con el baloncesto? —le pregunto.

—Carabinera —responde sin vacilar.

—¿Por el uniforme?

—No. Por el caballo —afirma contundente. Luego saca del seno su teléfono celular para mostrarme una fotografía donde ella aparece abrazando un hermoso alazán de la policía.

—Es el caballo de mi primo Rúsbel, que es carabinero de la Policía Nacional —aclara con orgullo. Mira la foto unos segundos y se vuelve a iluminar su rostro cansado.

Después de un rato de charla insustancial sobre las enormes dificultades para ingresar a la Escuela de Carabineros de la Policía Nacional, y al notar la botella vacía, ella pregunta si voy a pedir otra media de aguardiente. Digo que no. Entonces comprendo, por su mirada, que nuestra conversación a destajo también se ha terminado. Así que extiende su mano franca para despedirse y me

da un fuerte apretón que recibo conmovido, como si nuestras vidas paralelas en el basquetbol se hubieran encontrado por un instante solo para recordarnos que, en la vida como en el juego, el balón nunca nos llega por donde lo esperamos.

—Adiós, Jeimy, mujer biónica.

Ella vuelve a sonreír, esta vez sin desdén.

Jeimy no es el verdadero nombre de la copera; es su mote laboral. Quizá los únicos con derecho a pronunciar su nombre de pila son sus seres amados en la intimidad del hogar. Porque el nombre propio determina la existencia. Y Jeimy, como sus colegas de cafetín, no está dispuesta a entregar su nombre verdadero para que sea envilecido en la boca de sujetos anónimos a cambio de unos cuantos pesos. Por lo demás, no hay motivos para pensar que la historia que contó no sea cierta.

Lo que parece seguro es que las coperas están en vía de extinción a causa del proceso de transformación del espacio urbano deteriorado del centro de la ciudad, que acabará muy pronto con los cafetines de la novena. El Pentágono, por ejemplo, cerró hace poco sus puertas para siempre. En cualquier caso, nadie puede cuestionar que Jeimy es la verdadera mujer biónica. Al igual que Jeimy Sommers, la heroína interpretada por la bella Lindsay Wagner en la serie televisiva de los setenta, nuestra copera ha de tener un oído biónico para escuchar con paciencia las experiencias, desencuentros y soledades de sus clientes; debe estar dotada de un brazo poderoso para defenderse de los patanes y de unas piernas ultrarrápidas para huir, cuando sea necesario, de los peligros inherentes a su trabajo insalubre e ingrato. §

El Castillo: un perdón que esperó 200 años

Por Tatiana Duplat Ayala

Historiadora de la Universidad Javeriana; Doctora en Historia (Programa de Paz y Conflictos, Granada, España); cursó el Ciclo Básico de Estudios Musicales con énfasis en violonchelo en la Universidad Nacional. Publica relatos cortos en el blog:lacestadelabicileta.blogspot.com desde 2011. Gerente de la Red Distrital de Bibliotecas Públicas de Bogotá y autora de *Paz en la guerra, reconciliación y democracia en el Alto Ariari* (Siglo del Hombre, con el apoyo de Eafit y Universidad del Rosario).



“A mí la guerra en Colombia nadie me la contó, yo tuve que vivirla en carne propia”, dice Laura con la mirada perdida entre sus propios recuerdos. “Yo tuve que huir una noche y dejar de pronto mi cama y mi casa y correr con mi hijo a buscar refugio a otro lado”. Laura habla pausado, casi para sí misma, con cierto dejo de sabiduría, de esa que solo se adquiere después de que se ha vivido mucho y con mucha intensidad. Ella sola, en media vida, parece acumular todas las historias de todos los tiempos. “Hija de El Castillo”, como dice, es nieta de uno de los fundadores del pueblo y cuando cuenta su relato es fácil entender que este joven municipio del Meta, incrustado

en las faldas de la cordillera Oriental, también ha vivido mucho en pocos años. Es como si El Castillo, en unas cuantas décadas, resumiera la historia de los últimos doscientos años en Colombia; la de un pueblo valeroso que a pesar del dolor sigue creyendo, y vive de creer, en la promesa siempre postergada de la libertad y la democracia. *¡Oh, gloria inmarcesible! ¡Oh, júbilo inmortal!*

Laura Gilma Moreno, madre, esposa, gestora cultural, bibliotecaria, promotora de lectura, ex alcaldesa, exiliada, retornada y ex candidata, vuelve al presente, mira el monumento de la plaza central y habla de la paz, en paz. Calcula en unos 15 años el tiempo en que han estado tranquilos y le resulta inconcebible que alguien pueda preferir la guerra, en cualquier caso. Señalados de ser guerrilleros o paramilitares, los habitantes de El Castillo y de los municipios de la cuenca alta del río Ariari fueron atacados implacablemente por unos y por otros. Entre los años 2002 y 2005 las AUC sembraron el terror y provocaron la expulsión de 5121 personas. En el 2000, las FARC destruyeron el pueblo al hacer explotar una volqueta con 22 cilindros repletos de metralla. Ocho años atrás la alcaldesa saliente María Mercedes Méndez y el alcalde electo William Ocampo Castaño fueron asesinados al mismo tiempo junto con otros funcionarios que los acompañaban. Durante los años ochenta casi 400 militantes de la UP fueron exterminados y desaparecidos en uno de los capítulos más vergonzosos de la historia de Colombia. Esto, sin contar con que en los años cincuenta los fundadores del pueblo habían llegado huyendo de la violencia partidista y tuvieron que empezar desde cero pues nada allí indicaba la presencia del Estado. No fue mejor su situación durante el siglo XIX, pues la región se mantuvo en el más completo aislamiento y abandono, aun cuando las ideas libertarias del proyecto independentista habían cabalgado no muy lejos de allí, rumbo a Boyacá. El anhelo de integrarse a la Nación y de participar en ese proyecto colectivo quedaría postergado durante más de siglo y medio, antes de que las instituciones empezaran a ejercer alguna presencia efectiva en el Alto Ariari.

Durante el siglo xx todo se redujo a la dualidad izquierda-derecha, guerrillas-paramilitares, comunismo-capitalismo, liberales-conservadores; de un lado del río Ariari unos, y del otro, los otros. El Castillo y su municipio vecino, Lejanías, quedaron al lado derecho del río y a la izquierda de la ideología; a El Dorado y Cubarral les tocó la orilla opuesta, en todo sentido. Así, durante décadas, sus pobladores fueron víctimas de una geopolítica de la infamia, que los enfrentó a muerte y sin compasión. La complejidad del escenario político del siglo xx se simplificó en esta estrecha manera de entender la vida en blanco y negro, y todo se volvió oscuro. La ideología fue entonces el pretexto perfecto para la violencia y para disputar y usurpar el territorio en beneficio de unos cuantos, por encima de los intereses de otros muchos. *La humanidad entera entre cadenas gime.*

Laura habla del monumento: una escultura que desde 1992 preside orgullosa la plaza y cuya imagen fue incorporada en el escudo y la bandera del municipio. “Se llama *Anhelos infinitos e irreversibles de paz*. Fue construido por la extinta María Mercedes Méndez de García, quien tuvo la idea de que los castillenses nos viéramos representados en una espiral que termina en línea recta apuntando al cielo, porque siempre hemos dicho que la paz no tiene reversa”. Sonríe y cuenta cómo la gente de este pueblo acumula una larga trayectoria construyendo paz, así sea en medio de las guerras que han hecho los guerreros.

“Hace 20 años me desempeñaba como bibliotecaria del municipio y la situación de orden público era extremadamente difícil. Desde mi biblioteca decidí comenzar a ayudar a los niños, animarlos a leer, a enamorarlos de los libros”. Cuenta cómo, entre todos, poco a poco y a lo largo de varias generaciones, fueron remendando las heridas y volvieron a coser, con paciencia de costurera, los lazos deshilachados que los violentos se habían empeñado en reventar. Pero también señala la importancia de las instituciones, y las palabras alcaldía, concejo, secretaría, planeación aparecen constantemente en su discurso. Cada una de ellas es pronunciada

con conciencia y convicción, y al hacerlo, rinde homenaje a los principios democráticos, al proyecto colectivo y a lo público: aquello que atañe y beneficia a todos sin distinción de ideología, género, etnia o condición social.

Reivindicar el interés colectivo bajo la presión de tantos intereses individuales costó muchas muertes en el Alto Ariari. Requirió también que las comunidades y sus instituciones se acercaran y tendieran puentes para juntar las dos orillas. “María Mercedes, en el 92, también había hecho intentos de paz —dice Laura—. Recuerdo que yo la acompañé al municipio de Cubarral; estuvimos en diálogo allá con el alcalde, pero fue muy duro. La administración de Don Gilberto Marín, en 1998, retomó la idea de volver a dialogar con Don Euser Rondón, alcalde de El Dorado, y se logró hacer entender a los actores armados que nosotros como civiles no teníamos nada que ver con su guerra, que se enfrentaran ellos pero que nos respetaran. En el año 2000, cuando nadie quería ser alcalde de este municipio, pues habíamos sido bombardeados con la volqueta, la comunidad me propuso que aceptara la candidatura a la Alcaldía; entonces en el 2001 yo me posesioné como alcaldesa”.

Laura Gilma Moreno asumió la alcaldía de El Castillo en el momento más dramático de la confrontación, pues en el 2002 el Bloque Centauros de los paramilitares entró y arrasó el municipio. No hubo epopeya, no hubo héroes ni *cesó la horrible noche*, solo hubo muerte y desolación. El Castillo se llenó de “informantes”, “colaboradores” y “denunciantes” y el señalamiento cobró la vida de cientos de personas. “*Que vea que ese también es guerrillero, que ese es auxiliador*. Entonces se arma ese chisme de la guerra, de la lengua, y empieza a haber muertos en el pueblo. Fue muy duro, mataron gente, mucha gente inocente”, recuerda Laura con dolor. En medio de la guerra, y junto con los alcaldes de los otros municipios del Alto Ariari, Laura hizo de la paz su propio empeño. Se sumó a sus vecinos y juntos hicieron puentes, carreteras, recuperaron escuelas, promovieron proyectos productivos y organizaron partidos de fútbol y fiestas para que la gente volviera a encontrarse. Construyeron paz

en la guerra y recibieron un premio nacional como reconocimiento por este esfuerzo.

En el 2004 Euser Rondón fue asesinado por los paramilitares, aunque siempre había sido cercano a ese grupo. Una sombra de duda se extendió y alcanzó a los otros alcaldes, y ese mismo año Laura se vio obligada a salir del país, señalada como paramilitar, aunque toda su vida le habían dicho “guerrillera”. La tranquilidad empezó a abonar el terreno de la paz hacia el 2005. ¿Las razones? Muchas y muy variadas, incluso contradictorias, pero todas ciertas a la vez: el fortalecimiento de las instituciones y la participación ciudadana, la desintegración de las AUC, la ofensiva del ejército que debilitó a las FARC y el proceso de negociación que llevó a su desaparición como grupo armado. Finalmente, la guerra pareció haberse quedado sin razón y sin guerreros, y las comunidades, que llevaban años reparando los tejidos, empezaron a vivir en paz. *Derrama las auroras de su invencible luz.*

Laura regresó en el 2011 a su pueblo y, como si se tratara de una parábola de la esperanza, volvió a ser promotora de lectura como en un principio. Habían cambiado tanto las cosas que ya no tuvo que refugiarse en la pequeña biblioteca municipal, como hace 20 años cuando le arrebatava niños a la guerra. Cualquier sitio resultó propicio para leer y los parques se inundaron de poesía y de historias fantásticas, pues a nadie se le volvió a ocurrir que pudiera existir algún tipo de peligro. Al finalizar el 2017 “el loco Iván”, ex comandante de las FARC, en medio de un acto público en el que pidió perdón por haber ordenado el ataque con la volqueta, se dirigió también a ella. “Perdón, doña Laura, usted fue una víctima más de esta guerra, y yo di en más de 4 ocasiones la orden de asesinarla”, le dijo. A lo que ella respondió: “Solo dios da el perdón, señor Iván. Lo único que yo le digo es que, mientras usted me odiaba y daba la orden de asesinarme, sin conocerlo, yo doblaba rodilla en mi casa por usted, oraba y le pedía al dios del cielo que le pusiera bondad en su corazón, o que me lo alejara, que me lo apartara porque yo no merecía morir en esta guerra porque,

para su información, yo nunca fui paraca, ni paraca ni guerrillera, señor Iván; yo soy una mujer, hija de este pueblo, que simplemente ama la paz, y he trabajado y he luchado por ella, nada más”.

Dos siglos después de la Independencia, la gente del Alto Ariari tiene mucho qué contarle al resto del país sobre el sublime anhelo de la libertad; sobre las trampas de la polarización; sobre cómo superar el horror de la violencia y cómo encarar proyectos colectivos; sobre la memoria y el pasado que aún es doloroso; sobre las heridas que no sanan y la necesidad de la reconciliación; sobre cómo cultivar *en surcos de dolores* y sobre cómo germinar la paz, en paz, sin sangre, ni llanto ni batallas, sin *átomos volando* ni *constelación de cíclopes*, simplemente en paz. §

§

Poesía

§

Moscas, Cenizario de viento y Caída u homicidio culposo

Por Lucadorado

Luis Camilo Dorado nació en Bogotá en 1985. Poeta y maestro en artes plásticas de la Universidad Distrital. Participó del IV taller de poesía del FCE en 2015. Su poema: "Violencia de Obregón" obtuvo una Mención Honorífica en el Concurso Nacional Casa de Poesía Silva (2017). El poema "Susy" fue incluido en la antología *Nuevo Sentimentario* (Luna Libros, 2019).



Moscas

La poesía nos permite decir
que las moscas
son luciérnagas de sombra
atravesando la luz.

Un pedacito alado de la noche
que se desprende
que se aleja
para escribir en el aire.

Cenizario de viento

Ya no queda tierra para mi cuerpo
y el llanto
recorre la ceniza
de mi casa incinerada.

Como todas las cosas
puedo arder y ser hoguera
Arder sin dejar sombra
y elevarme de a pedazos.

Que el viento lleve mis cenizas
donde las quiera dispersar.

Caída u homicidio culposo

Algunos suicidas
creen oír una voz a sus espaldas cuando miran al vacío
culpan a Dios
y no ven que el viento los empuja hacia la orilla.

Cuando se lanzan
él los despide con una condescendiente y larga caricia.
Aunque ninguna corriente
interrumpe su caída.

Cuando juega y se detiene
en el cabello de las muchachas
el viento se ve tan inocente
que parece olvidar
por un instante
todo el peso de su culpa. §

Piojos, La maestra me obligaba a enredar las letras... y Mi abuela se baña en el olor del cielo...

Por Paula Castillo

Nació en Bogotá en 1998. Cursa el pregrado de Creación Literaria en la Universidad Central. Ha participado en distintos talleres y colectivos literarios.



Piojos

Ahora sé que la infancia está cundida de caminantes
que succionan sangre e inocencia.
Mamá amasa mi cabello
mientras el champú escupe espuma y piojos.
Cierro los ojos, como si de eso dependiera mi vida.

Sálvame, madre, me pica la vida,
llama a mi abuela
y juntas espúlguenme el alma,
acúnenme en sus uñas
exploten mi cuerpo en ellas.

La maestra me obligaba a enredar las letras...

La maestra me obligaba a enredar las letras
dibujando serifas al final de cada una,
y como manos entrelazadas unían sus vidas
aun contra su voluntad.
Repetía frenética: *las niñas escriben en letra cursiva.*
Entonces me habría gustado ser niño
para poder separarlas, romperlas,
despegarlas de la hoja llena de cuadritos tristes,
meterlas en el lápiz para llevármelas a casa
y liberarlas en las paredes blancas de mamá,
libres de renglones y cuadritos.

Mi abuela se baña en el olor del cielo...

A Elvira

Mi abuela se baña en el olor del cielo
que recién despierta,
su voz llena el vacío del mundo
y la niña que siempre ha sido renace,
huye hacia la presencia de los copetones,
los teje con caricias y los embelesa con su aliento,
en el centro de sus manos quebradas por la vida
guardamos los eucaliptos que la noche arrojó para nosotras. §

Carboneras y Detalles mínimos

Por Erika Patricia Mora Rodríguez

Nació en Choachí en 1997. Estudió gastronomía en el Instituto Superior Mariano Moreno. Además de haber participado en el Taller Distrital de Poesía, sigue actualmente el taller virtual de Relata.



Carboneras

Las mujeres de mi aldea
amasan el viento
con sus manos
y lo reparten al desayuno,
danzan por la llanura
donde las serpientes
no se atreven a cruzar,
ordeñan las vacas
de madrugada,
cavan la tierra

siembran la yuca,
tejen los cocos
a las palmeras,
y vuelven para el almuerzo.
Lavan las nubes
secándolas en el tendedero
y ciernen harina
sobre montañas
para dormir la noche.

Detalles mínimos

Es costumbre de algunos
contar los charcos
que dejó la lluvia
para elegir los agujeros
de sus botas,
saber
cuántos dientes
tiene el perro
para medir su mordida,
contar los pasos
de la cama al baño
cuando se evapora la luz.
Es costumbre arrojar
un piedra al río
antes de cruzar,
mirar en todas direcciones
al recolectar los mangos
y dormir con un crucifijo
sobre el pecho
por si la muerte los visita. §

§

Narrativa gráfica

§

Vida creativa

Por Diana Sarasti Realpe

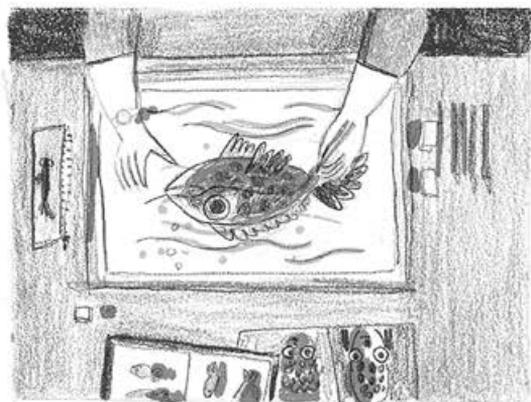
Nació en Bogotá en 1988. Ilustradora e historietista colombiana. Estudió Artes Visuales en la Universidad Javeriana. Hizo una Maestría en Ilustración en Anglia Ruskin University (Cambridge, Inglaterra). Ha ilustrado libros para niños para Filomena Edita, Make-Make, Magisterio, Edelvives (México) y Pearson. Recientemente su trabajo se enfoca en el cómic (ilustra para Cohete Cómic) y trabaja en una novela gráfica acerca del Salto del Tequendama. Pertenece al colectivo El Globoscopio, que difunde e incentiva la lectura y producción de cómics.



VIDA CREATIVA

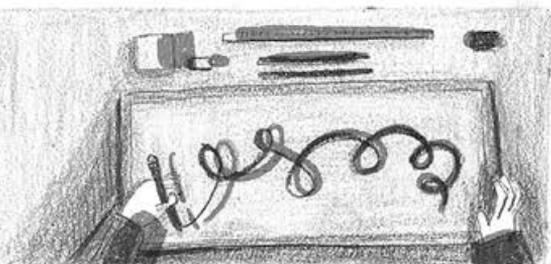
POR:
DIANA
SARASTI

CUANDO ERES
ILUSTRADORA
FREELANCE
JUEGAS CON
LA INCERTIDUMBRE.



A VECES
ESTAS FELIZ
de hacer algo
NUEVO

OTROS DÍAS TE
PREGUNTAS SI VAS
POR BUEN CAMINO.





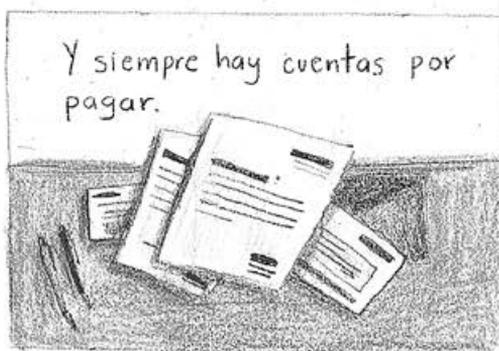
En ocasiones
estar sola
sirve para
inspirarte
y pensar.



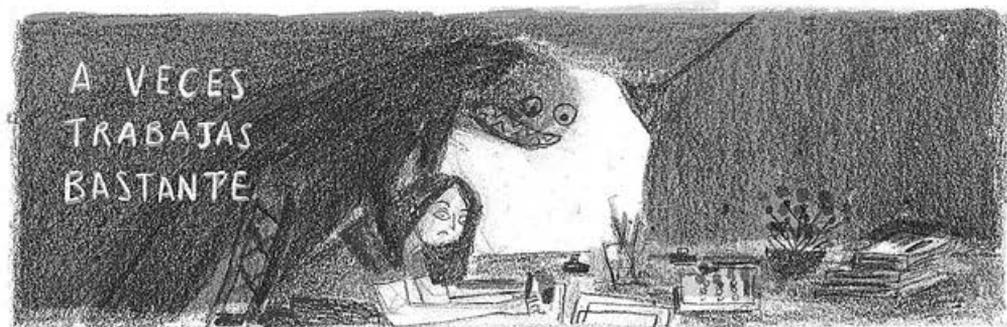
OTRAS VECES
ES MUY BUENO
TENER COMPAÑIA



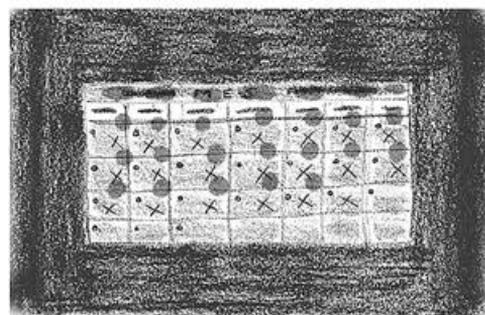
NO PODER DIBUJAR
ME PONE
MUY
TRISTE.



Y siempre hay cuentas por
pagar.



A VECES
TRABAJAS
BASTANTE.



Y TIENES QUE
PEDIR PRESTADO
PARA LOGRAR
VIVIR EL MES.

Al final hay que ser pacientes,
no parar de trabajar y recordar
que estamos acompañados.



¿El Tunal?

Por Jesús Enrique Hernández Pardo

Nació en Bogotá en 1995. Ilustrador y artista al aire libre. Egresado de la Universidad Javeriana de la carrera de Artes Visuales. Su pasión es retratar el patrimonio de Bogotá. Este es el primer taller en el que participa.

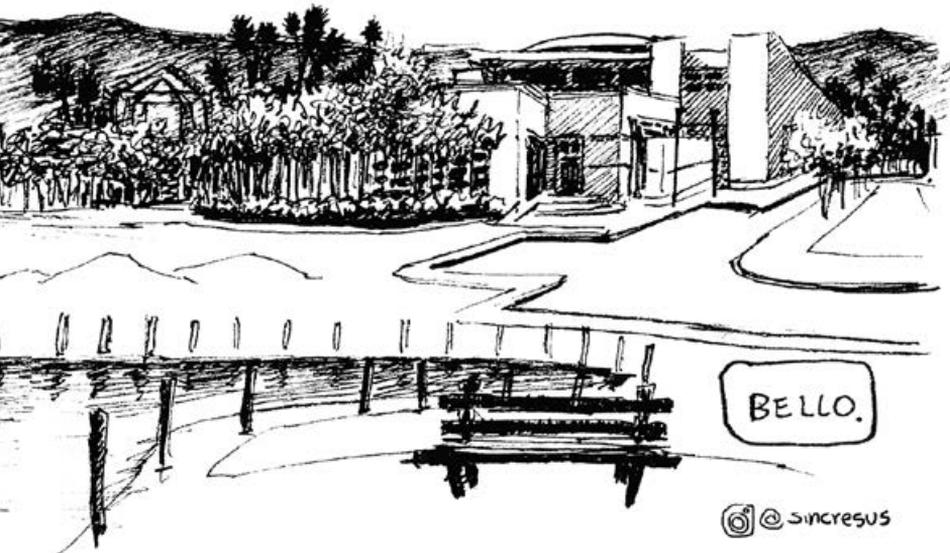


¿EL TUNAL?
NOOOOOO
¿PORQUÉ?
QUE
MAMERA
UGHHHHH

¿PORQUE TAN
LEJOS?
CON TANTAS
BIBLIOTECAS
EN EL CENTRO
TENIA QUE
SER EN EL
EXTREMO
SUR

DIZQUE
MADRUGANDO
UN SÁBADO
ESA JODA
QUEDA TAN
LEJOS
TAN PERO
TAN
TAN





El hombre que calculaba

Por Pavel Andrés Molano Rincón

Bogotá, 1978. Realizador de Cine y Televisión de la Universidad Nacional. Animador, guionista, dibujante e ilustrador. Ha publicado las historietas en fanzine *Chivas*, *Antoñín* (Beca cómic novela gráfica 2017 de FUGA) y digitalmente las historietas *Cassette*, *Clímaco* y *La mano del oso*. Director y guionista del cortometraje de animación infantil *Mocos*, 2008. Coguionista en la serie de animación infantil *Chigüiro*, 2013-2014. Seleccionado en la Clínica de Guion del V Festival de Cine Latinoamericano de La Plata (Argentina, 2010) con el guion para largometraje *Cassette*. Obtuvo una mención de reconocimiento en el Premio de Novela Gráfica Ciudad de Bogotá (2011) por el guion *Fango, fango, fango, fango*. Seleccionado para el Laboratorio de proyectos y pitch de guiones "Ópera de Leyva" en el VI Festival de Cine de Villa de Leyva (2012), con el proyecto *FANGO* y ganador de la convocatoria de la FLIP #RevivamosElHumor con su cómic *La mano del oso* en 2019.



EL HOMBRE QUE CALCULABA



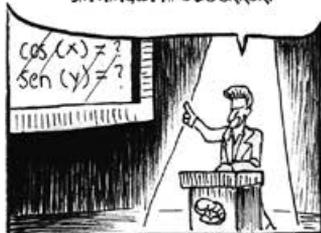
EL SEÑOR GÓMEZ ES CAPAZ DE HACER LOS CÁLCULOS MATEMÁTICOS MÁS AVANZADOS CON SOLO EL PODER DE SU MENTE. ¿NO ES ASÍ?



ÉL HARÁ UNA DEMOSTRACIÓN DE SUS CAPACIDADES CEREBRALES Y COMPROBARÁ QUE ES UN VERDADERO... "CEREBRITY".



ALEATORIAMENTE, EL SISTEMA HA GENERADO UNAS ECUACIONES QUE JORGE DEBERÁ RESOLVER EN MENOS DE 30 SEGUNDOS SIN NINGÚN TIPO DE ERROR.





La sed con la que el otro bebe

Por María Catalina Vanegas Rodríguez

Nació en Bogotá en 1985. Diseñadora Industrial de la Universidad Nacional, especialista en Diseño de Mobiliario de la Universidad de Buenos Aires, Argentina; cuenta con formación técnica en el oficio de la madera por la Escuela de Artes y Oficios Santodomingo de Bogotá. Diseña y fabrica objetos de madera en La Bandada Taller. Trabaja como docente en la Universidad El Bosque.



Por
María Varegas



LA SED CON LA QUE EL OTRO BEBE...



... NADIE LA CONOCE.

§

Talleres
Red Comunitaria Trans

§

Acercamiento preliminar a una definición simplificada de la Luna

Por Sara Luna Ángel

Escritora de 24 años. Nació en Bogotá. Estudiante de Ingeniería de Sistemas y Computación de la Universidad Nacional. Coautora de los mangas *MonsterHead* (obra ganadora del concurso de manga y cómic de la revista *Mei*, en 2016) y *One Time* (obra finalista del 7.º concurso latinoamericano de manga).



Comencemos cuestionando la burda y desalmada definición de cualquier diccionario producido industrialmente, en masa, sujeto irremediablemente a las limitaciones del método científico.

Luna: cuerpo celeste que orbita alrededor de un planeta.

De un planeta. ¿De cualquier planeta? Piensa en la Luna sin embargo, y encontrarás que piensas solo en la más cercana, en la nuestra.

De manera que es posible hacer la definición más precisa, limitándola solamente a nuestro globo terráqueo.

Luna: cuerpo celeste que orbita alrededor de la Tierra.

Pero piensa una vez más en la Luna, y solo a veces, solo tangencialmente, pensarás que tiene un cuerpo, pues para cualquier observador humano la Luna está muy lejos y solo serás capaz de ver su corporeidad rocosa en fotos e ilustraciones. Para ti, la Luna, la verdadera, es ese disco de luz que ilumina las noches. Decimos entonces:

Luna: disco de luz que ilumina las noches.

Disco... Bueno, no siempre, pues la Luna crece y mengua, vaticina el mejor momento para cortarse el cabello, controla con su movimiento el cambio en las mareas, anuncia el devenir de las estaciones y mide el pasar de los años. Es por lo tanto más preciso decir:

Luna: luz (ya no un disco), que ilumina las noches, mueve las mareas y vaticina el mejor momento para cortarse el cabello.

—¡Ah! ¡Pero espera un segundo! —diría un físico, con mucha razón. Pues es claro para el versado en ciencia y astronomía que la luz que la Luna emite no es más que el reflejo de la luz del Sol, y que las noches estarían iluminadas, incluso si esa luz no existiera, pues en todo caso están las estrellas.

Es también cierto, aunque menos conocido, el hecho de que es del Sol (o más bien de su posición relativa a la Luna y la Tierra), de quien depende en realidad el movimiento de las mareas; es el astro rey el que dicta el paso de las estaciones y es la traslación de la Tierra alrededor suyo lo que mide el pasar de los años.

¿Con qué nos quedamos entonces?

Luna: la que vaticina el mejor momento para cortarse el cabello.

Esta, aunque no lo parezca a primera vista, es una definición que se acerca mucho más a la correcta, o al menos captura su esencia en alguna medida. Es incompleta, en todo caso, pues la Luna no se limita a ser un inerte reloj que nos avisa cuándo es un buen momento para visitar al peluquero. Es también la que cuida que los enamorados no sean descubiertos cuando se encuentran a escondidas, es el rostro de millones de poemas y el origen de un sinfín de metáforas.

Es, en general, el alma de la noche, su reina. Bien saben sus hijas que para describirla solo hace falta una palabra, y si pudiésemos abrir el mejor diccionario de la Biblioteca de Babel esa sería justamente la definición que encontraríamos, una de una sola palabra.

Sin ir más allá, podríamos preguntarle a la noche misma, y obtendríamos una respuesta idéntica, libre de toda tergiversación del pensamiento humano.

Luna: bruja. §

Las machas, la loca y las hijueputas ganas, no de verga o culo, sino de tomarme un verraco café

Por Cris Tengono

Nació en Bogotá en 1997. Estudia Creación Literaria en la Universidad Central. Cursó algunos semestres de estudios musicales con énfasis en canto lírico en la Universidad Javeriana. Editor y director de la revista *Alapalabra* (2018-2019). Actualmente es editor de la revista *Juguete Rabioso*. Ha publicado en distintos medios digitales. También ha realizado talleres de escritura marica, no binaria y cuir organizados por Libros del Armario, Idartes y la Red Comunitaria Trans.



Por esos días, la ansiedad, la depresión, el tiempo, la guerra —que se mostraba en forma de paz—, la gente, los fachos, las tías, las madres, los padres, todo, casi todo sabía a cacho. Una ansiedad generada por el entorno, un estrés que provocaba dolor de cabeza,

las mentiras de tantas supuestas verdades. Todo lo anterior se aglomeraba en un sinfín de emociones encontradas que finalmente detonaban la arrechera para, tal vez, hacerse una paja, encontrar un polvo rápido y deprimente (porque en el polvo se vienen y se van rápido y lo dejan a uno peor), mejor dicho, surgía la necesidad de tener un contacto efímero. Pero ese día, más que nunca, tenía ganas de tomarme un café con alguien.

Así que abrí Grindr, la aplicación para “manes” que buscan “manes” y que por lo general parece un cultivo de arrechos con absurdas descripciones en los perfiles. De allí he hecho un par de amigos, de allí he conocido gente estúpida, gente pila, pero sobre todo, machos, pero machos fachos y, para completar, maricas. Ahí uno escoge lo que quiere, cual menú a la carta. Ese día, yo quería conocer algún osito, o daba igual, simplemente alguien para ir a tomar un café. Abrí la aplicación y pensé en ver los filtros para tener una opción más específica. Puse el filtro de osos, “manes” grandes, peludos y fornidos.

Con el filtro de osos aparecen: MACHO X MACHO, conectado. NO HAY SITIO, hombre serio, amante de los pies de macho, olorosos y grandes, soy serio, arrecho, culón, piernón, peludo, calvo, soy versátil. No busco matrimonio, busco buen sexo. No soy el de la foto, es mi fetiche (y la foto de perfil es un man con los brazos extendidos hacia arriba, seguro la chucha es su fetiche). Emoji de un osito, 30 años, conectado hace 21 minutos, a 765 metros de distancia, Rol y sitio, lo único que interesa. Solo culeo, No se trague las flores. NO ES EL HP DANE, AHÓRRESE (emoji de cámara fotográfica) DE (emoji de durazno que en realidad parece un culo) CON VPH (no tengo ni idea de que sea VPH). Ser oso no obliga a comer morsa. EL DEL LADO ESTÁ MEJOR.

Yo apenas en mi perfil tengo mi foto mirando de lado y rayado, con mi cresta rosada, la cual, creo, ahuyenta a los machos. Cris. ¿Un café? (es lo único que pongo en mi perfil). Llevo 30 minutos metido en esta vaina, que es un catálogo de mane que buscan sexo y además tienen una mentalidad ridícula. ¿Un macho marica? ¿Eso

cuándo? Será de closet, porque aquí todas son (o bueno, somos) unas locas arrechas. Aunque yo en realidad quiero estar aquí a ver quién se muestra distinto, a ver quién comienza una charla, de pronto, a ver quién me invita un café o simplemente a hablar y tomar un café.

Miro por la ventana del edificio de donde acabo de salir de clase y hago un paneo de todos los rostros que posiblemente pueden coincidir con los de la aplicación: a ver, a ver. Aparecen manes a 50, 60, 100 metros. Hace unos minutos había alguien a 10 metros de mí. No reconozco a nadie, sobre todo si hay fotos de paisajes o manes boca abajo mostrando el culo. ¿será que nadie más quiere un café?

—¿Qué hace?

—¿Dónde está?

40 minutos y al menos ya alguien me ha hablado. Es un man que no tiene nada en su perfil, ni foto, ni información. Al rato recibo una foto. Es guapo: tiene una barba algo canosa, gafas oscuras y mira a la cámara con el ceño fruncido, para parecer “serio” me imagino.

—Yo estoy por aquí saliendo de clase, al lado de la Tadeo —le escribo.

—Oiga, bien, estamos al lado. ¿Me quiere acompañar a fumar un cigarro?

Me quedo pensando mientras veo su foto. Yo en realidad solo quiero un café. El olor a cigarro me marea y además me da asco imaginarme besar a alguien con ese tufo a tabaco quemado, ¡gas!

—Listo, hágale —es mi respuesta. ¡Qué curiosidad me da!

—Bueno, caiga, estoy en la plaza de la Tadeo —escribe el man.

Tan pronto recibo ese mensaje me alboroto y cojo mi maleta y mis cosas que tengo al lado. Suena el trino, veo que alguien más me habló, es un man que está básicamente a la misma distancia de... ¡Ah mierda! Ni siquiera nos hemos dicho el nombre con el man con el que me voy a ver. El otro chico se parece a mí, de hecho, tiene hasta el cabello pintado, de azul, pero lo siento *beibi*, ya me

habló otro man. ¿Por qué las locas seremos tan crueles? Aun así, yo solo quiero un café.

Cuando llego a la plaza, reconozco al man de la barba canosa. Es alto, es grande, parece que tiene fuercita, los brazos grandes. ¡Qué rico! Ojalá me invite a tomar café.

Voy derecho al man y le doy la mano, sin fuerza, porque me da pereza fingir que soy serio y macho.

—Rubén —me dice como con una sonrisa y con la mirada un poco rayada. ¿Será que me mira así por mis sombras y el lápiz en mis ojos?

—Cris. Mucho gusto.

—¿Cris? Cris puede ser Cristina o Cristian.

—¿Y eso qué importa? —le digo e intento conservar la calma; me siento a su lado. Él también se sienta, tomando distancia.

—¿Por qué camina así?

—¿Así cómo?

—No sé. Camina raro —lo dice con las cejas todavía fruncidas. Que mala energía la que me pasa este tipo.

—¡Ah! No sé. Qué importa. Desde chiquito tengo pie plano trasverso. ¿Y eso qué?

Nos quedamos en silencio mientras Rubén saca su caja de Pielroja y primero me ofrece un cigarro.

—No gracias, no fumo. —A este man se le van a cruzar las cejas de tanto fruncirlas.

—Entonces... ¿qué le gusta?

—Yo quiero un café.

Silencio incómodo. No tengo ganas de preguntar nada. De momento miro hacia los edificios y a la gente que está en la plaza. A unos 20 metros de nosotros hay un tipo que nos mira fijamente. Rubén no se da cuenta.

—Yo lo invito a un café y después de eso qué.

—No sé, no sé, qué.

—Tomamos un café y luego vamos allí.

—¿A dónde?

—Vivo aquí al lado, vamos y lo clavo. Pero con una condición. Me quedo mirando a Rubén extrañado. No digo nada. Ya quiero mi café.

—Mientras vamos caminando quiero que se pare como un macho y se fume este cigarro. Y también que deje de mirar a todo lado así como tan amanerado.

¿Qué pasará por la cabeza de este pendejo?

—¿Sabe qué machis? Yo soy mucha hembra para usted. No me lo imagino sin saber qué hacer cuando me baje los pantalones y se dé cuenta que en vez de verga tengo cuca. Búsquese su machito más bien.

Rubén me mira casi con las cejas una encima de la otra y de un momento a otro me escupe en los pies. Se va histérico.

Yo me sacudo los tenis contra el piso, levanto la mirada y veo que el man que hace un rato nos miraba de lejos se acerca afanado. Me lo quedo viendo.

—¿Estás bien?

Me mira sonriéndome, es el man de cabello azul que me había hablado antes de venirme a ver con ese otro pendejo.

—Sí, estoy bien. Gracias. Hola —le digo, nervioso.

—Hola. ¿Eres Cris, no?

—Sí, mucho gusto —le doy la mano. Él me da un abrazo. Me mira fijamente.

—¿Quieres ir a tomar un café? §

Automutilación social

Por Ángel López Castiblanco

Politólogo de la Universidad Nacional; educador comunitario; director y editor de la revista *La Esquina*. Activista por los derechos de las personas TLGB, desde la Red Comunitaria Trans y el proyecto Cuerpos en Prisión, Mentes en Acción.



El logro más grande del sistema político-económico que nos tocó ha sido indudablemente fragmentar un cuerpo social rico y potente en pedazos infames de voluntad individual desarticulada. Electricidad en cortocircuito. Ellos esperan de nosotros que no nos relacionemos, que no hablemos, ni cuestionemos. El trabajo por allí, los amigos del trabajo allí también. El hogar y la familia, hermetismo completo. Amigos del colegio, de la universidad, de la vida, dispersos en medio de perímetros urbanos variables. Rara vez las esferas que involucran a la gente con la que nos relacionamos se cruzan o fusionan. Cada cual pertenece a su propio mundo, aislado de los otrxs. De vez en cuando vamos por el pasillo de la vida abriendo ventanas de esos mundos, a la sazón. Pero, ¿qué pasa con esos con los que no interactuamos nunca? ¿Qué pasa con esos

que conocemos pero que no nos conocen? ¿Qué relación tenemos con los que deciden o influyen en nuestras vidas?

La política, la cultura y el arte convencionales son códigos tan lejanos a nuestro plano de cotidianidad que nos resulta difícil de tragar. Sin embargo nos oponemos a su subrepticio poder: un comercial de televisión, una política pública, la canción del verano, las promociones de temporada, etc. Nos oponemos a ser tocads por las consecuencias nefastas de estos dispositivos vacuos. No les creemos y no aspiramos a ser y tener lo que quieren que seamos y tengamos. Al Estado lo han convertido en una materia inmoral plagada de funcionarios que dedican sus días a promover códigos inútiles e inaccesibles para atornillarse a un sueldo. A nosotrxs eso no nos interesa, pues hay verdades evidentes, heridas abiertas, que merecen cuidado inmediato. La sensatez y la compasión brillan por su ausencia en los oscuros y huecos cráneos que por azar dirigen la máquina hecha de fragmentos inútiles, juntos o separados. Inútiles.

Cada acción que podamos emprender para transformar lo establecido es fragmentaria de por sí, aun sin iniciarla. Divide. Polariza. Subvierte. Es por esto que nosotros decidimos, como fragmento, escindirnos de la máquina paquidérmica. Somos la mano izquierda que huyó, en un acto de automutilación premeditada, del cuerpo cuasi-vegetativo de un obeso mórbido henchido de comer hamburguesas con coca-cola frente a una pantalla. ¡Oh, pobre mano solitaria! Sin familia, sin trabajo y sin amigxs; sin arte, sin política y sin cultura. No le queda más remedio que, apoyándose en la fortaleza de sus dedos, escapar del fragmento y ser un todo. Un todo que crea su arte, que produce su cultura y que ejerce el amor como política. Un todo sin fragmentos que construye sus crepúsculos y ocasos en clave de potencial eléctrico. §

Qué gonodea

Por Brian Velasco

Brian Velasco nació en Bogotá en 1995. Graduado del programa de *Estudios Literarios* en la Universidad Nacional. Ha participado en talleres de escrituras narrativas en la Unal, la Unam y la Red Comunitaria Trans. Le apasionan el periodismo, la música y las narrativas breves. Ha sido locutor y creador para la UN radio en el programa literario *Lecturas compartidas*. Esta es su primera publicación.



Siempre me ha gustado el olor de la madera... así que por lo menos me siento cómodo. Me gustaría estar echándome unos plones en mi cama, sin abrir la ventana ni nada, porque está haciendo un resto de frío, de ese frío como el de las montañas cuando uno sube para Bogotá... y se ve cómo la bruma gorda y erecta sube de algún lado, uno no sabe de dónde porque sube muy rápido, jum, muy despacio más bien, uno no se da cuenta y de repente está totalmente cubierto de esa mierda no binaria porque ni color tiene, ni sabor... o bueno, sí... es que es muy raro este man, y uno empieza a pensar y a pensar, y es que allá cuando uno toma aguapanela con queso, uno ve cómo le sale resto de humo a la taza pero ya no está caliente, está tibio, tibia, como el queso, como el orinal

cuando uno se acerca... pero qué hijueputa frío, uno no puede ni pensar pero igual todavía piensa, aunque no se vea nada, porque igual uno siente, uno huele, imagina, chupa, habla, grita, aunque depende de qué lo haga gritar, porque si uno se deja llevar ni grita, sino que se calla para sentir más por dentro, o por afuera, uy, en fin... luego me gustaría prender un cigarro y no abrir la ventana, me importa un culo el pisquero, igual todo ese humo los termina trabando a todos... subiendo, subiendo, como esa novela mexicana de la nena que era bien puta, pero qué va, ella no era tan puta, si no... mírenme a mí.

Aunque a este también hay que mirarlo, triplehijueputa, pero bueno... igual es tan lindo, tan yindo... ¿Qué habrá sentido Judas cuando se dio cuenta de que Dios sí era Dios? O bueno, Jesús, o bueno, no sé. ¿Y qué habrán sentido esos judíos que entregaban a otros judíos y luego los entregaban a ellos? ¿O los tutsis cuando antes protegían a los hutus y luego veían cómo los entregaban? Uy, no, eso sí es muy distinto. Pero igual este hijueputa también es así. Igual, igual, igual, me dio la felicidad más grande que yo haya podido sentir, tocar... “¿Iguad, iguad, igual qué, gonorra?” Dizque “iguad”, jajaja... gonodea. Al comienzo no pensaba en el miedo sino más bien en la curiosidad... de romper mis propias reglas, de no pilotearme, porque no tiene sentido tragarse si uno va a estar pensando en maricadas... uno se traga y ya y por eso uno ama y ya, se despilotea y se relaja, se deja llevar, y bueno, pues eso hice, me puse a pensar, pero a pensar en lo que nunca había pensado, en que hay que ser críticos con todo, con todos, pero ante todo hay que ser crítico con las verdades, eso suena muy cliché, pero suena más lindo si se dice: “hay que ser un fiel creyente de la duda”, entonces lo hice, comimos y tomamos resto, y bailamos rico, obviamente bailamos salsita... y es que es tan difícil bailar bien con un man, maldito patriarcado, te odio.

Luego perreamos, por eso estoy feliz... ush parece pusieron
Con altura...

La Rosalíaaaaaa,
y luego me fui para hacer la salida triunfal. Porque ante todo el drama. Culiamos.

No estuvo tan bueno pero igual uno qué más puede esperar de un man bien, ellos no piensan en otros, pero yo sí, entonces pues mejor porque más pa' mí. Se lo quito, se lo escondo, y me lo meto. Me lo metí. La madera está más caliente, todo mi cuerpo está más caliente, y yo siento cómo el sol empieza a salir y ya hay nubes, y yo estoy en la madera como cuando era pequeño y madrugaba, y salía despacio de la cama de mi mamá para no despertarla, si no me puteaba, entonces me iba a dormir a la sala y me hacía debajo de la mesa del computador porque ahí entraba el sol y calentaba la madera, qué rico. ¿Será que la mexicana si era bien puta o era solo de nombre? Igual hay novelas más lindas, nacionales, como el perico, o como la de Gabo, no me acuerdo cuál es, pero es esa donde la nena está recogiendo las sábanas y bum, sube, se va, pero su construcción es virtuosa, es etérea, diva, inalcanzable, virginal, pupú. Y el calor me recuerda a la Virgen. María, como la puta... pero la nacional, es que esta es otra, es la del perico y el sol y tal. Uy, pero no hay que ser malpensados, porque la Virgen de verdad es de verdad, la que ama, la que cuida, la que reconforta de amor y da calor, por eso ella subía al cielo, pero en realidad subía al sol, porque en alemán el sol es mujer, como la tierra, y ella subía así como en contrapicado con un punto de foco fijo y batía ese pelo, mona, y a medida que ella iba subiendo y el punto se desplazaba así como en el barroco, y luego se va, y se va, la musa del amor, la biblia cirílica que trae la palabra amor, yo también te amo mamá, la loca que siempre amó a su hijo no por ser dios sino por ser su hijo, como en *Silent Hill*, y luego... y luego, se va. §

Mortopía

Por Luna Laverde

Nació en Cartagena en 1994 bajo el nombre de Diego J. Sanjuán. Graduada de la Licenciatura en Artes Escénicas en la Universidad Pedagógica. Autora de la obra de teatro *Inquisición*, publicada en fragmentos en la *Revista Temporales* de la Universidad de Nueva York. Autora de guiones; trabaja en una productora cinematográfica llamada Eón Films, de la que es co-creadora. Su obra *Musgo* fue seleccionada para la exposición *Juegos y Atemporalidades* realizada en el Centro Cultural Casa Bolívar en Octubre del 2018. Activista Trigénero y género-inconforme transfeminista, perteneciente al colectivo artístico contracultural no binario *Triángulo Poético*. Profesora de creación y escrituras dramáticas para población privada de la libertad en La Picota, LGBTIQ en Caid de Teusaquillo, con población neuro-divergente y de habilidades diversas en la Fundación Fe.



¿Cuánto tiempo más me seguiré sintiendo así?

¿Nada es suficiente?

Ayer, en la calle, creí que me iban a matar. A veces, siento que cualquier moto es un paraco que solo espera el momento adecuado. Desde niña he tenido pesadillas. Hasta el sol de hoy solo he tenido dos sueños bellos:

Robinson Gómez se despidió de mí con un beso en la boca en la cima de la más alta montaña de Los Andes una semana después de haberse matado. Jamás tuve la valentía de sentir su piel cuando todavía podía tocarlo. También conocí a los *Power Rangers*, pero en aquel sueño solo podía verme los pies por lo que nunca supe quiénes eran.

En los demás, un hombre mata a mi madre a tiros por coger unas flores del jardín de un castillo construido únicamente con ladrillos grises. Corro, corro y corro en mitad de la noche, pero nunca logro escapar de una manada de lobos negros con ojos rojos. Alguien me tocó a los 5. Inseguro, aquel, insegurx siempre. ¿Jamás entenderé el mundo como un lugar tranquilo? ¿Será para siempre este torrente caótico de ideas que no quiero escuchar?

A Laura Alarcón la mataron, la desaparecieron o algo por el estilo. Mi madre y mi padre siempre están peleándose, gritándose y golpeándose en mis pensamientos, pero aun así siempre encuentro espacio para amar, luchar.

La vida me ha llegado al cuello. Su corriente sigue halando mis pies. El colegio me enseñó a matar desde los 10. Sé disparar un fusil. Desarmar, limpiar y volver a armar un lanzagranadas. Pude haber sido Hannibal o, peor, Uribe Vélez.

Sé que en cada generación de mi familia hay por lo menos dos abusos.

Sexo, primero violencia

Sexo, placer,

placer,

placer.

Tus hombros,

Tu espalda,

Tu forma de hablar,

Tu verga.

Creo que mi sexualidad está en flux,
expandiéndose.

Son bellas,

¿no?
No siempre.
Qué rico cerebro.
No soy zombie.
No soy mi familia.
No soy mis padres,
ni todos aquellos colegios,
ni tanto abuso,
tanto miedo,
en todas partes, todo el tiempo,
dentro de cada cuarto de pensión universitaria
esos
son los desiertos más áridos y extensos
de Bogotá.
Pensar que en esos cuartos donde apenas cabe la cama, todas
las demás están igual.
Aun así, estoy creando un espacio para amar,
dentro y fuera.

Rafael, Michelle, Laura, Maura, Daniel, Marcela, Leo,
Claudia, Regino, Meylin, Iska, Yoko, Marta, Cindy, Arturo,
Salvador, Brian, Sara, Valentina, Silvana, Julián, Fantasy.

La creación artística, cada obra de arte, escribir, triángulo
poético, grabar.

Pensar. Dejar de odiarme. He dejado de odiarme.

De niñx me tomaron una foto. Nadie sabía si era hombre
o mujer. Siempre me sentí como algo más. Quería ser un delfín,
transformarme para nadar hasta las profundidades oscuras del
océano en donde mis ojos se ajustarían para observar.

Matar, olvidé. Los cómo se desaparecieron.

¿Ahora cómo me deshago de esta pena? §

BOGOTÁ CUENTA



Una ciudad entrelíneas



ALCALDÍA MAYOR
DE BOGOTÁ D.C.

